

**ESCRIBE ALFREDO ROMERO:** La Convención de las Naciones Unidas Contra la Tortura y Otros Tratos o Penas Cruelles, Inhumanos o Degradantes, de 1984, define la tortura como "todo acto por el cual se inflijan intencionalmente a una persona dolores o sufrimientos graves, ya sean físicos o

mentales, con el fin de obtener de ella o de un tercero información o una confesión, de castigarla por un acto que haya cometido, o se sospeche que ha cometido, o de intimidar o coaccionar a esa persona o a otras, o por cualquier razón basada en cualquier tipo de discriminación".



# Papel Literario

FUNDADO EN 1943

## RESISTENCIA!

### EL NACIONAL

DOMINGO 14 DE NOVIEMBRE DE 2021

Dirección Nelson Rivera

• Producción PDF Luis Mancipe

• Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez

• Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com / papelliterario@el-nacional.com

• Twitter @papelliterario

DOSSIER >> HOMENAJE A JUAN MALPARTIDA

## “La relación de un poeta con el lenguaje supone siempre dificultad y desafío”

Juan Malpartida (1956) es poeta, ensayista, novelista y traductor, así como autor de diarios. Durante más de tres décadas fue parte de *Cuadernos Hispanoamericanos*, primero como Jefe de redacción y, desde 2012, como director, cargo en el que permaneció hasta julio de 2021

ANTONIO LÓPEZ ORTEGA

**¿Cuál es la imagen o sensación más remota que recuerdas?**

Caramba, qué pregunta... Te confieso que nunca me lo he preguntado, o no recuerdo si alguna vez me lo he preguntado. Es posible que si me hubieras hecho esta pregunta a los diez años te habría contestado con recuerdos muy cercanos a mi nacimiento, y a los veinte habría recordado mucho de los tres o cuatro años. Tal vez. Encuentro un problema en la pregunta y es la unicidad del recuerdo, cuando quizás se trate casi siempre de la emulsión de una imagen y una sensación. Las sensaciones suelen suscitar imágenes, y también ideas. Por otro lado, solemos recordar aquello que nuestra memoria frecuente, así sea muy de vez en cuando. No hay un acceso directo a los hechos, solo está nuestra mente, luego todo lo que nos llega es, por decirlo así, grabaciones que se despliegan afectadas por circunstancias variadas, como la famosa *magdalena* de Proust.

Quizás este sea mi primer recuerdo, y por lo tanto mi primera imagen y sensación (no hay primeros recuerdos sin ambas cosas), pero debo señalarte que podría ser una reconstrucción de lo que mis padres me contaron muy tempranamente, y a lo que, por decirlo así, yo había puesto a la escena. No hay forma de saberlo. Me veo caminando por primera vez, por lo tanto debe ser los primeros días de julio de 1957, cuando yo iba a cumplir o ya había cumplido un año. Dado que hacía calor, no me extraña que estuviera sin zapatitos, con los pies desnudos. Siento que me desplazo solo, verticalmente, sostenido sobre mis piernas de manera imprecisa, y de pronto sé que tropiezo y caigo. Me parece que puedo ver, antes de caerme, un límite, tal vez un escalón. Bueno, pues así ha sido todo desde entonces...

**En ese primer hogar que ya intuyes, ¿puedes hablar de la gravitación específica de tu madre y de tu padre?**

Esta pregunta es más difícil que la primera, Antonio, pero por razones inversas. Necesitaría escribir muchas



JUAN MALPARTIDA Y VASCO SZINETAR / ©VASCO SZINETAR

páginas para hablar de esa "gravitación". El año pasado escribí un libro, redactado con una cierta rapidez, que titulé *El muro y la hiedra. Cartas al pasado*. Una de las cartas está dirigida a mis padres (porque ese pasado es el de los muertos...). Tuve una necesidad imperiosa de escribir ese libro, aunque una vez terminado no siento necesidad de editarlo, al menos por ahora. Es curioso. En relación al escritor y lector que soy, podría decirte que ese hogar era ajeno a los libros, hasta el punto de que no había ninguno en mi casa. Mi madre, de origen campesino, vivía en un orden pagano, regido por el círculo del tiempo, que es el de las cosechas y las estaciones. Mi padre era un buen contador de historias, y en las noches de invierno, sin televisión ni libros ni revistas, sus narraciones nos entretenían bastante. Creo que percibí en esas historias el primer placer de lo literario. Por otro lado, mi padre era memorioso, y había oído al suyo, que murió con casi cien años, así que yo percibí en algunos tramos de lo que nos contaba aspectos del siglo XIX. Te aclaro que mi abuelo nació en 1830 y mi padre en 1905 (sí, lo engendró con 74 años...). Bien, comencé como Homero, con la tradición oral, hasta que descubrí los libros, pero eso fue mucho más tarde.

**¿Qué significación tuvieron los inicios escolares? ¿Puedes recordar amigos, maestros, enseñanzas, libros? ¿Reconoces que allí pudieron estar las raíces de lo que luego identificaste como una vocación literaria?**

¿Mis inicios escolares? ¿Maestros en la infancia? ¿Libros? No, nada de eso. Yo cursé estudios hasta los trece años y luego, nada más cumplir esa edad comencé a trabajar de niño para todo y meritorio en un estudio de arquitectura. Como te he dicho antes,

nací en un medio obrero, rodeado de familias de albañiles y pescadores, en un pueblo del sur de Andalucía. Nunca vi un libro en la casa de ninguno de mis amigos, y los periódicos los veía sobre todo en hojas sueltas en la pescadería, porque envolvían el pescado con ellas. De los trece a los quince años me sumergí en la delineación y acabé siendo profesional, ganándome la vida con ello. Me gustaba dibujar y la construcción, la arquitectura, y me fascinaba el manual *Neufert* de arquitectura. En ese trabajo, cuando yo tenía quince años, llegó un nuevo jefe de estudio, trece años mayor que yo, sevillano, que hablaba de Freud y Nietzsche, de Serrat, del socialismo sueco, de la revista *Triunfo*, y otras cosas inéditas para mí. No era un erudito ni un hombre realmente culto, pero no tardé en pedirle prestados libros y a los pocos meses solía ir a Málaga a comprarlos, a una librería que se llamaba Prometeo. Toda una señal. Leer a Freud y Nietzsche, e inmediatamente a Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Lorca, me cambió. Es como si mi organismo se hubiera transformado. Me sentía como otro, y en realidad lo era, pero lo que no sabía es que ese otro tenía que inventarlo, imaginarlo, llevarlo a la acción. Un año después de mi explosión como lector, mis amigos me miraban con extrañeza, no me reconocían, había cambiado incluso mi aspecto físico. Trabajaba durante el día y ocupaba el resto del tiempo, que incluía muchas horas de la noche, en leer. Incluso tenía un cuaderno grande donde copiaba páginas y páginas de Freud, con delectación. Freud fue, en realidad, mi primer gran novelista.

**De esos primeros autores y lecturas, ¿cómo saltas o encuentras a los primeros colegas? ¿Fui un solitario o formaste parte de alguna**

**cofradía? ¿Puedes determinar un momento en el que, claramente, reconoces el inicio de una vocación literaria? Y agregó una pregunta más: tu generación, la de autores españoles nacidos en los años 50, estaban en la veintena cuando muere Franco y llegan los aires democráticos. ¿Cómo experimentaste esos tiempos de apertura?**

Creo que la necesidad de escribir estuvo vinculada a la lectura, sobre todo de poesía. Fue algún poema de Juan Ramón Jiménez, digamos que sobre los diecisiete años, lo que me llevó a remedarlo. Es curioso: ¿por qué algunas personas no tienen suficiente con la lectura, incluso cuando es tan plena como en el caso que refiero, sino que necesita responder desde la escritura? Y hay que tener en cuenta que los primeros productos son claramente horribles. La lectura de algunos pensadores me inquietó sin que yo supiera hasta más tarde por qué. En Freud había descubierto la existencia de un yo múltiple, de una identidad compleja, y de la dependencia de la vida consciente de otra, conectada, que es inconsciente. No somos libres, o apenas lo somos. Y en Nietzsche, que nuestros valores son históricos, son una construcción, y por otro lado, estamos empujados a desear y construirnos. Estaba establecida la lucha entre lo dionisiaco y lo apolíneo, entre los instintos y la voluntad, entre la fatalidad y la libertad. Además, en el pensador alemán había una defensa de la poesía que, inmediatamente, iba a hacer mía, aunque con características algo distintas. Con los libros, todos estupendos, que había en casa de ese compañero de trabajo del que te hablé, que incluía a Henry Miller entre los novelistas, me orienté bien, y luego recurrí a las bibliografías referidas en esos libros. Además, leía la revista

*Triunfo* y muy pronto era suscriptor también de *Camp de l'Arpa*, una revista de letras editada en Barcelona, que tenía entre otras virtudes el buen gusto de atender a la literatura hispanoamericana. Por aquellos años, 1972, 73, se publicaba una colección de poesía, Ocnos, también de Barcelona, donde pude leer a Enrique Molina, Roberto Juarroz, Alejandra Pizarnik, Lezama Lima, Costafreda, Carlos Edmundo de Ory y otros. Algunos de ellos me tocaron profundamente. A los dieciséis años había comenzado a leer a Neruda, un poeta que me apasionó, a pesar de sus desequilibrios. También descubrí el teatro, leído, y me sumergí tanto en el siglo de oro español como en los griegos y autores modernos como Brech, Ionesco, Lorca, Pirandello, Sartre, Casona, etc. Estaba solo, en cierto modo, pero mi mundo estaba poblado de fantasmas reales, mucho más reales que la mayoría de mis vecinos.

Dejé de trabajar y cuando cumplí 19 años me fui a vivir fuera, en agosto de 1975, primero a Madrid, que siempre ha sido el lugar de partida o de vuelta desde entonces. Luego una breve estancia en París, en Barcelona, en Río de Janeiro, y viajes por varios países hispanoamericanos, marcado ya por un autor que ha sido central para mí, Octavio Paz, leído desde muy joven de manera progresiva e intensa. No tardé en leer cualquier página que Paz hubiera publicado en cualquier parte. Paz puso orden en mi caos de lecturas y en la confusión de mis impresiones e ideas. Me ayudó a sentir con más lucidez y pensar con sentimientos más inteligentes. Ya nunca volví a vivir en mi pueblo, ni en Andalucía. Amo el sur, y he vuelto siempre de visita, de vacaciones, pero siempre he vivido fuera.

(continúa en la página 2)





JUAN MALPARTIDA / ©MARÍA MANSO

## “La relación de un poeta con el lenguaje supone siempre dificultad y desafío”

(viene de la página 1)

Te podría decir que hasta casi los treinta años apenas leí nada de mis estrictos contemporáneos, a los de mi generación o un poco mayores. Si había leído, por ejemplo, a los poetas españoles del cincuenta, como Jaime Gil de Biedma, Claudio Rodríguez o José Ángel Valente. A los tres los admiro y los he frecuentado siempre –además de haberlos conocido–, pero señalo que de los tres Valente es quien más me ha interesado y al que admiro de manera más completa. Sus defectos, notables, estaban más en su persona que en su obra. En cuanto a Hispanoamérica, leí primero a los poetas y algunos cuentistas, de Borges a Vallejo, de Ramos Sucre a Villaurrutia y Gorostiza. La narrativa me interesó un poco después.

No leer a mis estrictos contemporáneos, a los que además no conocía, fue magnífico. Ahora los jóvenes se deslumbran y dicen estar influidos por poetas amigos suyos de veinte años. Eso es terrible. Pero es que además en la mayoría de los casos es cierto: están influidos por ellos. Para bien o para mal, mi admiración a los veinte años estaba depositada en Cernuda, en Lorca, en Neruda, en Paz, en Saint-John Perse, en Baudelaire. Más tarde descubrí a algunos poetas de mi generación y los leí, varios de ellos muy buenos. Lo curioso es que ellos también habían sido lectores, sobre todo, de clásicos, en el sentido más heterodoxo que puedas dar a este término y que encarnan nombres como Nerval y Góngora, Rimbaud y Huidobro, esos eran clásicos.

Me has preguntado muchas cosas, así que son varias las repuestas. Cuando llegué a Madrid y me instalé en una pensión, a los pocos meses falleció Franco. La historia es conocida. He olvidado decir que mis ideas políticas eran de izquierda, influida por un confuso marxismo (leí a Marx y a algunos marxistas desde los diecisiete años). Como tantos, yo creía en la revolución, pero no tardé en creer en el movimiento, es decir, en las idas y venidas de la democracia, ese melancólico y maduro entendimiento político, que no excluye el extravío entre los hombres. A partir de entonces, en España las librerías y las cabeceras de periódicos ampliaron su oferta, y hubo una explosión de libertad y búsqueda, con tensiones violentas y nostalgias no tan gratas. En 1977 yo vivía en Brasil y leía a Fernando Pessoa, Clarice Lispector y escuchaba a Vinicius de Moraes y a Villa-Lobos.

Este exhaustivo recuento de lecturas y autores, me parece, pone de relieve a la poesía, y de seguidas a la reflexión en torno a ella, que nos terminaría llevando al ensayo, dos géneros que en tu caso han sido esenciales. Pero a estos se suman el

crítico, el diarista, el narrador, por no hablar del editor, una vocación que hoy no se valora como antes. A mí me ha sorprendido siempre tu versatilidad, y la propiedad con la que asumes los distintos géneros. ¿A qué obedece esa pluralidad? ¿Se trata de singularizar las necesidades expresivas o más bien de una heteronimia autoral?

No es fácil saberlo. Los géneros, de manera estricta, quiero decir sus formas específicas, responden a una época, una visión del mundo, una física y una metafísica. Nuestro tiempo, desde la modernidad, es decir, desde el romanticismo alemán, ha supuesto una ruptura de los géneros, la irrupción del poema en prosa, por ejemplo; la defensa, como hizo Friedrich Schlegel, de la importancia de apoyarse en el habla, no como costumbrismo, como algunos entendieron, sino como el elemento vivo, azaroso, que sostiene una verdadera escritura. Es algo que defendió, de pasada, en el siglo XVI, Michel de Montaigne. Como te dije, yo percibí, sin darme cuenta, a Freud como novelista, porque leí los casos de sus pacientes como personajes. Pero casi al mismo tiempo leí a poetas que reflexionaban, como Machado, Quevedo, Paz, Juarroz, Gorostiza, y a filósofos que eran verdaderos escritores, quiero decir, creadores de lenguaje, de narración filosófica, como Nietzsche o los magníficos ensayos de *El Espectador* de Ortega.

Mi tradición es en parte la de Kundera, por ponerte un ejemplo, entre muchos posibles, de un escritor que me simpatiza, que además es checo y ha escrito la mayor parte de su obra en francés, es decir, un hombre de fronteras. Pero es un escritor que apuesta por las ideas encarnadas, no como en tanta obra francesa en la que cuando un personaje piensa pierde el cuerpo y la acción... Esa tradición no simplista viene de Cervantes, y se interna en la literatura inglesa y francesa del XVI-II y XIX (piensa en Diderot, por ejemplo), afecta a la de lengua alemana, y tiene una presencia admirable en los cuentos de Borges. He leído varias veces *La montaña mágica*, de Thomas Mann, un libro tan maravilloso como perturbador, y creo que *El mono gramático*, poema en prosa de Paz al tiempo que reflexión, es una de las grandes obras de nuestra lengua. Pero mis gustos son contradictorios. Amo también narraciones de las que se denominan puras, como las de Stevenson, Melville, muchas obras de la picaresca española, o incluso Nabokov, a pesar de que creo que era un poco energúmeno, sin duda un escritor de primer nivel, pero con juicios estéticos propios de un aristócrata en la pobreza dispuesto a defender la pajarrica. Por ejemplo: Nabokov no entiende la tradición barroca, que es ajena a la relojería verbal, aunque no a la creatividad verbal y todo el cuerpo que supone.

He escrito poemas y novelas, crítica literaria y ensayos, diarios... Y me siento muy bien en todos esos géneros, y sobre todo cuando logro fusionarlos casi todos, como en *Mi vecino Montaigne*, donde hay ensayismo, confesión, narrativa, biografía y estudio, espero que bien emulsionado todo, aunque es

un libro perspectivista: si lo lees desde la narración, arroja unos significados; si desde el ensayo, otros. No hay un punto de vista privilegiado, pero no hay negación de la veracidad o posible verdad, sino complementariedad y complejidad. El ser humano está hecho de emociones, reflexión, memoria, olvido, Historia e historias, uno y los otros, instantes y anulación del tiempo, instintos y formas de la razón... Si ante esta complejidad apenas insinuada queremos responder con un relato realista, no creo que sea incorrecto, incluso puede ser una obra maestra, como lo son “Un corazón simple” o *Madame Bovary*, de Flaubert, pero sospecho que, si a su lado no ponemos *La búsqueda del tiempo perdido* de Proust, o *Doctor Fausto*, de Mann, la vida humana se habrá quedado en poco. Después de Kant y de Darwin, de los descubrimientos de la relatividad y de la cuántica, de la genética moderna y los estudios neurocognitivos, no podemos seguir escribiendo como hacía Galdós o Delibes, por muy buenos escritores que hayan sido. He citado a novelistas, es verdad, y creo que es porque creo que los poetas en el siglo XX han ido más lejos en este aspecto, al fin y al cabo, la relación de un poeta con el lenguaje (de un poeta verdadero no un hacedor de versos) supone siempre dificultad y desafío más allá de los aspectos técnicos.

Respondiendo a tu pregunta de manera sintética: creo que la poesía fue desde su origen lo que me ha permitido y me han impedido a romper las fronteras entre los géneros, sin olvidar que toda obra ha de ser forma. Amo las buenas traducciones de teatro clásico griego en verso, sin embargo, no en prosa. Y ya de paso, es un horror que en España la mayoría de las traducciones de poetas y autores teatrales griegos y latinos las hayan hecho filólogos que no son poetas. Hay excepciones, como, por poner un caso, las de Ramón Irigoyen, de Esquilo y Eurípides. Obras realmente de un poeta.

En tus reflexiones y pensamientos, partes de una noción que siempre me ha parecido poderosa: la de considerar la literatura iberoamericana como un todo, gracias en gran medida a la lengua que nos une. Pero contra esa noción conspiran los particularismos, los nacionalismos y las fronteras, de uno y otro lado del Atlántico. En la FIL-CAR de la isla de Margarita llegaste a decir lo siguiente: “El elemento de identidad sustancial es más bien lo universal, que no lo local. Esto es, lo que puedo reconocer siendo español, italiano, de Galicia o Mar del Plata. Lo que es muy propio quizá nunca pueda ser propiedad de otro”. ¿No crees que esta noción pueda estar en retroceso, incluso para muchos intelectuales?

Quizás exageré un poco para señalar la importancia del problema. En vez de particular yo diría que las obras se apoyan en lo concreto, pero no en lo local. No el sitio sino lo real. La cualidad de obra permite que lo concreto se pueda volver universal. El hermoso poema de Auden a la muerte de Yeats

describe aspectos muy concretos de la vida y los valores del poeta irlandés, pero cuando yo leo ese poema, que no soy irlandés ni inglés, y he vivido en otro tiempo y lugar, siento que tiene que ver conmigo, que lo que cuenta y la belleza del poema me son entrañables. No es un poema extranjero para mí. Entiendo que este forme parte de la historia de la literatura de lengua inglesa, pero ese no es su valor radical sino aquello que lo hace traducible, no solo de una lengua a otra sino traducible de una persona a otra. Nada más concreto que el poema de Antonio Machado a un olmo seco, sin embargo, la pequeña ceremonia que ahí se cuenta, con su deslizamiento de la sequedad al incipiente renacer de la primavera, forma parte de una experiencia que trasciende a Machado, a la Soria donde lo escribí y a la misma lengua. Claro, sería horrible que los novelistas y poetas escribieran libros universales, una completa pedantería. Eso solo vale para la ciencia y para los manuales.

Pero es cierto que hay un auge de los nacionalismos. Frente a la universalidad de la comunicación, de la economía y la política, se produce una afirmación de lo local, del terruño, de lo nuestro. El ser humano no vive en universales, vive una vida concreta, pero traducible, es decir: sus experiencias más profundas tienen semejanzas, alteridades. La fascinación que podemos sentir por un modo de expresión de nuestro ambiente, una costumbre o el nombre de los árboles, es un sentimiento que podemos entender como muy semejante a los que experimenta un alemán o un chino. Esto es lo que, creo, hay que entender, que no podemos dejar de vivir en una lengua (como mínimo), y siempre en circunstancias concretas, culturales, emocionales, políticas, personales, pero lo que nos hace hombres es que esas experiencias son traducibles, podemos hablar con los otros de ellas. En cuanto a las obras literarias, que es lo que nos ocupa a ti y a mí, cuando se logran, sea un poema de Eugenio Montejó o un cuento de Chejov, la concreción de imagen, ritmo, tiempo y contenido, trascienden al individuo y por lo tanto a las identidades nacionales y los códigos de una lengua. Por eso nos sigue emocionando el *Gilgamesh*, la *Odissea* o los poemas de Petrarca. Esta es la universalidad a la que yo me refería, que no son conceptos generales sino lo concreto irreducible, no identitario. Por eso gracias a la lectura sufrimos y nos alegramos con las tareas del héroe, con la soledad del amante anónimo en un cuarto perdido de la ciudad, con la extrañeza de despertarnos una mañana enajenados de nuestra propia naturaleza. Esa universalidad se pone a prueba cada día en el acto de la lectura, no desde la historia local de una lengua o de un país sino de la experiencia imprevista de alguien que logra recrear, así sea por un instante que se disipa, el poema.

Acabas de dejar *Cuadernos Hispanoamericanos*, donde primero fuiste jefe de redacción y luego director por un total de treinta años. Hablo de una de las revistas más longevas en nuestro idioma, que siempre quiso abarcar toda nuestra geografía cultural, un modelo en sí misma. No quisiera que nos despidiéramos sin que nos hagamos una breve reflexión sobre esa honda experiencia intelectual.

Casi treinta y dos años... Me he jubilado, una experiencia rara. Es como volver a la infancia, pero con sueldo. Entré en *Cuadernos* con la naturalidad de saberme en mi casa, en cierto modo porque, como te he contado, me inicié en la poesía sin hacer distinciones entre poetas argentinos, mexicanos, cubanos o venezolanos. Y cuando comencé a trabajar en ella había vivido en Brasil y viajado muchas veces a Hispanoamérica, también a USA (viví un otoño-invierno en Nueva York con mi primera mujer). La revista ha sido fundamental en mi vida, por razones diversas, incluida la de ganarme el sueldo, que no es poco. Pero si tuviera que resumirlo mucho te diría que me ha permitido conocer mejor el imaginario de mi lengua, casi toda Hispanoamericana y a muchos escritores, escritoras, pintores y profesores valiosos. Algunos han sido y son grandes amigos míos. ¿Qué más se puede pedir? Una jubilación activa. ☺





## DOSSIER &gt;&gt; HOMENAJE A JUAN MALPARTIDA

“Confiesa allí Malpartida que comenzó a leer a Machado (1875-1939) en su adolescencia y ha seguido haciéndolo hasta elegir ‘algunos trayectos de su vida y de sus pensamientos’ para conformar el libro. Esto nos permite ver al niño Machado y su numerosa familia, las mudanzas de calles y ciudades, su juventud, su soledad y sus amores (parecen ser equivalentes), su muerte en el exilio”



JUAN MALPARTIDA / ©MARÍA MANSO

# Dilatatio

JOSÉ BALZA

## Antonio Machado

En su novela *Camino a casa*, Nicolás, el protagonista, o Malpartida, su autor, observa: “No sé si hemos pensado lo suficiente en que todos leemos en primera persona”.

No se puede leer sino en primera persona; pero esa personación consiste en una red actual que actúa movida, marcada por insospechadas multitudes. Leer una palabra es cumplir con innumerables ritos de desciframiento, corporales y psíquicos; es frotar cultura, conocimiento con lo inesperado e improvisar. También consiste en arriesgar, consciente o erróneamente, el equilibrio del pensar. Porque ocurre, según lo ha indicado Juan Malpartida, en un *margen interno* y en la fluidez del mismo. Lo estoy haciendo con estas anotaciones.

Tan fascinante como el otro estudio literario y biográfico de nuestro autor *Octavio Paz: Caminos de convergencia* (2020) resulta el que dedica a Antonio Machado: *Vida y pensamiento de un poeta* (2018), al cual me acercaré en seguida.

Confiesa allí Malpartida que comenzó a leer a Machado (1875-1939) en su adolescencia y ha seguido haciéndolo hasta elegir “algunos trayectos de su vida y de sus pensamientos” para conformar el libro. Esto nos permite ver al niño Machado y su numerosa familia, las mudanzas de calles y ciudades, su juventud, su soledad y sus amores (parecen ser equivalentes), su muerte en el exilio.

El libro consta de cinco partes y resulta paradójicamente apasionante, tratándose de una vida ajena a grandes gestos públicos; tal interés, sin duda, es despertado por las pautas interrogativas con que Malpartida concibe la vida del poeta: desde el inicio considera que algo se quedaba afuera en la inmensa bibliografía sobre el autor. “¿Qué era?” se pregunta. Y con esta y las interrogantes que vendrán, estamos incluidos en una singular escritura: la de un ensayo detectivesco cuyas presas son la poesía, la prosa, las sustituciones personales o complementarias, la metafísica, la intuición creadora, la modernidad, Machado.

Entre los escritores de España más “admirados y manoseados” –Cervantes y García Lorca, afirma Malpartida– está Antonio Machado. (No olvidemos que Joan Manuel Serrat puso al mundo a cantar los versos del sevillano). “Es, con Borges y Octavio Paz, el poeta filósofo por antonomasia del siglo XX en lengua española, como Quevedo lo fue del XVII”.

Tengo la edición de Fórcola y es un libro de formato pequeño con doscientas páginas; pero pocas veces al leer un volumen así he sentido la impresión de que el libro crece a medida que lo recorro. ¿Tal vez por la búsqueda de ese algo que también persigue el autor? Tal vez porque Antonio Machado, en la proximidad de la poesía, no ha adquirido para América la dimensión que posee para el lector español. La arrasadora popularidad de algunos de sus versos, para mí, ha ocultado lo que Malpartida me revela.

Como ante el trabajo sobre Octavio Paz, no estamos solo conociendo una biografía: el método de las interrogantes arroja momentos y visiones de extraordinaria hondura para perfilar la psique, los tejidos históricos y, sobre todo, la fluencia literaria que determina la creatividad de Machado, sus deudas y su originalidad. Y, sin embargo, aunque, como en el caso de Paz, Malpartida resume concepciones acerca del poeta, valora obra y pensamiento, y propone interpretaciones ajustadas y audaces. En cierto modo estas biografías apenas anuncian la compleja, muy controlada y sin embargo libre, reversible elaboración de *Mi vecino Montaigne*, tras la cual transitan formas y significados que son respuestas –o nuevas preguntas– al Andrenio de Gracián, al ya remoto Finnegan, a *Ra-yuela*, a las vacilaciones de *Larva* y al mismo Michel de Montaigne. Cuento, ensayo, novela, drama, vértigo de pantalla encendida, poema como en los clásicos hindúes o mesopotámicos, *Mi vecino Montaigne* también es la puerta entreabierto del apartamento cercano donde hoy encontramos a Montaigne.

Si bien Malpartida mucho ha leído a Machado, indica que eso incluye haber estado olvidándolo y volviendo a él; determinando cuándo se hace moderno; qué y quiénes lo atraen a la filosofía, qué cosa de esta se filtra en sus versos, por qué su obra cierra una época, cuáles vínculos in/voluntarios lo conducen al verso o a la prosa, a imaginar la invención de una “máquina de trovar”, a cómo se hizo a sí mismo.

Muy sugerente es el desarrollo cumplido por Malpartida respecto del erotismo o la sexualidad del poeta. Su concepto “ciudadano” de las limitaciones de la mujer y su elevación de la misma como centro del hacer y sentir estético. No menos importante es detectar en sus versos la condición del “amor bizco”.

Y cuajado en piedra el fuego del amante,  
(Amor bizco y Eros ciego)  
brilla el sol como diamante.

Pero creo que esta biografía del hombre y de su pensar excede mi capacidad de comprender a Machado y de intentarlo en estos renglones. Voy, por lo tanto, guiado por las interrogantes de Malpartida, a detenerme únicamente en dos o tres aspectos abordados en ella.

Comienzo por uno que parece paralelo al estudio y que pudiera estar apuntando a inquietudes del propio Malpartida. Sin embargo, en la medida en que nota la ausencia de anotaciones o testimonios directos tomados por quienes rodearon a Machado, estas proposiciones de Malpartida se centran en aquel.

Se refiere el autor a la literatura de España (y obviamente eso es válido para esta América): “Nuestra literatura es escasa en diarios, memorias, biografías, correspondencias y todos esos ambiguos géneros que dan cuenta de la vida íntima y del desenvolvimiento de los demás”. (Es oportuno no confundir las frecuentes exposiciones “reveladoras” –tan practicadas hoy– como masturbaciones intelectuales y amorosas, con lo indicado por Malpartida). Debido a aquello, por ejemplo, poseemos pocas referencias al encuentro de Machado con Wilde en París, de su coincidencia con Eliot en las conferencias de Bergson, de su amistad con Gómez Carrillo; de su trato posterior con Rubén Darío, con Alejandro Sawa, con Pío Baroja; de su presencia en las tertulias del Café Pombo (Sorolla también lo retrataría en 1917).

La importancia de tal escasez, para Malpartida, se relaciona con lo anterior en el sentido de que “la individualidad como problema” implica “un rasgo que inaugura la modernidad”.

Felizmente Malpartida señala hoy excepciones como el texto sobre Borges de Bioy Casares, la correspondencia de Juan Valera, las memorias de Zorrilla. Y, entre otros, volúmenes de Corpus Barga, de Carlos Barral, de Carlos Castilla del Pino, de Salvador Pániker y *Visión desde el fondo del mar* de Rafael Argullol.

Quizá todo ello, para Malpartida, esté relacionado con la carencia de un Hamlet en las letras hispanas, aunque las mismas hayan extraído de sí personajes arquetípicos como el Quijote, Don Juan, Segismundo, Sancho.

Al pulsar la obra de Machado, nuestro autor destaca cómo aquel “al hacer su poesía se hizo a sí mismo” y cómo es su obra la más fiel y sugerente revelación acerca de él, aunque ambos posean independencia. Ese sí mismo es un defensor del contacto máximo entre la realidad y el hacedor, alguien que habría preferido la

desnudez budista ante lo inmediato y que confía en la ciega o luminosa conducción de lo intuitivo. Pero que reconoce la importancia del concepto, que ama la claridad expresiva y rechaza lo rebuscado, que no teme pensar y dejarse absorber por el pensamiento. Expresa Malpartida: “Sentir, nos diría Machado, tampoco basta; el sentir solo no se constituye en poesía... (...) Necesitamos el concepto, el elemento que hace de lo particular (sentir, una actividad siempre en primera persona) lo potencialmente general: el tú inherente a la poesía”.

En el aura de Bergson, Machado, según Malpartida, se interesa por el método intuitivo. “La intuición implica duración, se apoya en los sentidos, es tiempo concreto, cualitativo...”. Por lo que para Machado “la intuición es lo esencial de cualquier obra de arte, e incluso de la obra filosófica”.

De allí que para el poeta filósofo el ser no sea uno, idéntico a sí, “sino una substancia diversa cuyo fundamento alterador y constitutivo es la otredad”. Sale de sí misma, nunca es igual y está en cada punto del universo. Desde esta percepción mucho vale la aproximación que hace Malpartida a la concepción del pensamiento científico y a la idea de Dios (“nada que sea puede ser su obra”), para la personalidad de Machado.

No está exento de ironía o quizá de burla este asomo filosófico y literario de Machado, sintetizado en su expresión “no coger la cuchara con el tenedor”, referente al hacer literatura con la literatura y no con la vida.

Creo que hay un capítulo de puro oro en este libro: el V: “Contar y cantar”, dedicado a la poesía de Machado, cuya belleza y tono vitales serían alterados por mi comentario. Quien lo recorra, volverá a quedar hechizado por la maestría rítmica del poeta, por la luminosa energía de las imágenes, por tanta gracia, enigma, dolor y pensamiento. Y renovado en su apreciación de esa obra, al seguir las ubicaciones cronológicas, las fuentes posibles (lo popular, lo remoto), la naturalidad de sorprendentes hallazgos líricos, que el margen interno permite a la *crítica interesada* de Malpartida. Con él estaremos junto a... uno, sin sombra y sin sueño, un solitario que avanza sin camino y sin espejo...

Tal vez este libro de Malpartida haya encontrado ese algo que faltaba en sus tantas lecturas sobre Machado (“donde se vislumbra una persona hecha de una identidad paradójica, y una obra (que inventa a un autor múltiple)”; pero temo que más bien nos deja ante dimensiones fractales de su personalidad y su poesía. Lo cual nos enriquece.

Y ya que mencioné, entre los rasgos de este ensayo, su don detectivesco, voy a vislumbrar de manera muy transitoria, los *complementarios* en la

escritura de Machado, percibidos por Juan Malpartida.

Indica que, si bien antes de 1912 Machado ha ido forjándose como poeta y prosista, es a partir de entonces cuando “vía heterónimos o complementarios” surge su modernidad, así como la ironía y el humor en su visión poética y filosófica. Su interés por Kant parece conducirlo a una mayor subjetividad y a la prosa.

Malpartida señala una “teología de los heterónimos” según los estudiosos del poeta, no desdeñable por completo en quien ha aceptado que “lo específicamente humano es el concepto del no ser”. Y esa otredad reside en Abel Martín, Juan de Mairena (y en el Jorge Meneses, a su vez imaginado por este e inventor de la ‘Máquina de trovar’).

Abel Martín (1840-1888/89), filósofo, sevillano, lector de Leibniz, cuya bibliografía hace pensar en verdaderos tratados, existe en los fragmentos y líneas “conservados” por Machado. Es su libro de poemas, *Los complementarios*, lo que determina la denominación de los heterónimos. Cita Malpartida algunos de sus datos biográficos: “Fue Abel Martín hombre en extremo erótico”, mujerismo, “y acaso también onanista”. Es quien enuncia: “Pensar es descalificar, homogeneizar”. Y él será el maestro de Juan de Mairena (1865-1909).

Afirma Malpartida: “Juan de Mairena –el personaje más inteligente de toda nuestra literatura...”, sostiene, curiosamente, con su pensar, la huella más inquietante del Machado escritor. Aparentemente lejano en su percepción de lo inmediato y de la realidad huyente, constituye a ese multifacético ser que llamamos Antonio Machado.

Una de las respuestas posibles a las interrogantes que se hace Malpartida quizá desemboque en otra pregunta no formulable, pero que incita al desconcierto: con esta biografía, no solo podríamos vislumbrar el boceto de una personalidad (de Malpartida) sino también su síntesis y su expansión simultánea. La obra de Machado es la prueba de un caso concreto en que eso ha ocurrido; y también la continuidad de quienes en otro tiempo lo han practicado. ¿No resuelve ese mecanismo la negación de un sí mismo, el incansante movimiento de un suicidio imaginario o, al contrario, la propagación de un ser, materializado en otros, determinados por su voluntad e incapaces de detener su metamorfosis, enamorados de la extensión infinita del yo, no como narcisismo sino como su aplacamiento, su anulación, su vuelta a la nada?

Creo que todos somos heterónimos. Y no estoy muy seguro de que alguien llamado Juan Malpartida no haya sido o esté siendo, con este libro, otro heterónimo de Machado.

(continúa en la página 4)

## DOSSIER &gt;&gt; HOMENAJE A JUAN MALPARTIDA



JUAN MALPARTIDA / @VASCO SZINETAR

“

**Malpartida investiga en un triángulo existencial, compuesto por el yo, el tiempo y el mundo”**

y la memoria se entremezclan en la fábrica del lenguaje: las cosas son las palabras que las dicen.

El conflicto triangular que plantea Malpartida en su poesía no se resuelve, pero sí se mitiga, o se contrarresta, con una explícita exultación erótica –“Se abren tus ojos, el tiempo no pasa. / Todo es cuerpo”– y contenidos gestos de humor, que tienen que ver casi siempre con su experiencia de la literatura, y que se desarrollan en un entorno a menudo urbano. El empuje del amor resulta especialmente vigoroso en *Río que vuelve*, donde el autor expresa su sorpresa –su alegría– por experimentarlo de nuevo, cuando el tiempo, ese enemigo implacable, parecía haberlo condenado ya a la soledad y el silencio. La pasión renacida cumple el viejo anhelo –o la perseverante ilusión– de rescatar al cuerpo de las aguas letales de la cronología y de acallar, siquiera fugazmente, la ofensa de la mortalidad. “Estamos a veces tan cerca / que no podemos hablar sin que las palabras / se hagan cuerpo en nuestro cuarto; // tan cerca / que vivir o morir es cosa del pasado”. Pero es el otro lado, ese otro lado de las cosas y de uno mismo, que ha obsesionado desde siempre a los escritores, el que ofrece al poeta un consuelo y una esperanza: alcanzarlo, es decir, acceder a la cara oculta de la realidad, sin muerte y sin daño, constituye la salvación, aunque sea imposible: “Mi reloj, mi cuerpo desvivido en la fútil esperanza del otro lado”. Las antítesis y paradojas con que Malpartida salpica sus versos contribuyen a expresar esa ansia por alcanzar una conciliación que lo libre de las argollas del tiempo y la indefinición del yo, esa lucha irresuelta por que lo enemigo deje de serlo y pueda, por fin, respirar sin amputación ni sufrimiento: pasamos “la vida recordando / incluso lo que no hemos vivido. / Los encuentros son reconocimientos, / fundan lo que llevamos dentro. / Dentro / es una palabra sin adentro: / tenemos que buscar fuera lo que llevamos, / tatuado e invisible, en la espiral de espuma / que al deshacerse recomienza”. ☉

# El tiempo y sus pisadas

**“El tiempo, en efecto, signa el existir humano y excita, a la vez que desarbola, la conciencia. Su presencia en la obra de Malpartida es obsesiva”**

EDUARDO MOGA

Juan Malpartida (Marbella, 1956) es uno de esos poetas que no cultivan círculos, ni frecuentan antologías, ni obedecen a mandatos estéticos, salvo el que les dicta su conciencia, aunque no sea en absoluto un desconocido en el mundo literario: es también novelista y un reputado crítico literario –*La perfección indefensa* es una espléndida colección de ensayos sobre las lite-

raturas hispánicas del siglo XX–, y ha sido director de la prestigiosa revista *Cuadernos Hispanoamericanos* desde 2012 hasta 2021. Sin embargo, tengo la impresión de que su obra lírica, pese a haber crecido, con riguroso empeño, a lo largo de tres décadas –desde *Espiral*, de 1990, hasta *Río que vuelve*, de 2020–, no ha calado todavía entre los lectores, como si su lateralidad o su discreción la hubiesen ocultado a la mayoría de las miradas. En 2015, la recogió, completa, en *Huellas (Poesía 1990-2012)*, publicado por una pequeña editorial de Santa Coloma de Gramenet, un volumen al que solo ha seguido, tras una pausa de seis años, *Río que vuelve*. De inclinación simbolista, y labrada con una gran ductilidad formal –verso libre, poemas en prosa, sonetos, décimas, haikus–, Malpartida investiga en un triángulo existencial, compuesto por el yo, el tiempo y el mundo. El poeta contempla cuanto lo rodea y describe su estupor. Pero ese asombro no es solo por lo que tenga de maravilloso o incomprensible, sino también por la incertidumbre que le inspira. El debate sobre la realidad o la irrealidad del mundo, y, por lo tanto, sobre la reali-

dad o irrealidad del yo, se prolonga a los poemas, sin solución discernible. Todo parece dudoso, en tránsito, en penumbra; también la identidad, uno de los asuntos principales de Juan Malpartida, cuya forja corresponde al tiempo, a su transcurso y su acabamiento: “Identidad, piedra funeraria, hija bastarda de la muerte”, escribe Malpartida; y poco después: “Somos un poco de tiempo que arde”. El tiempo, en efecto, signa el existir humano y excita, a la vez que desarbola, la conciencia. Su presencia en la obra de Malpartida es obsesiva. La angustia por el paso (y el peso) del tiempo –una angustia, no obstante, austera, sosegada– se acendra en *Río que vuelve*, que atestigua el acercamiento del autor a la senectud y una rampante conciencia de la muerte, prefigurada por la desaparición de todo, por el olvido, que se posesiona del yo: “Lecho somos de tiempo que no vuelve, / sedimento de historias disipadas / y esta ciega constancia de las horas”, escribe en “Una puerta”; y luego: “Mi cara (...) es olvido”. En este olvido sobrenadan los recuerdos de la vida, como pecios de un naufragio inevitable. Pero el camino a la nada es absoluto.

La memoria de la infancia persigue al autor, y también la de la naturaleza contemplada y ya extinguida. El mar –ese mar Mediterráneo que el poeta conoció en su Marbella natal, cuando Marbella aún conservaba aires helénicos y no era el monstruo de lujo y vulgaridad que es ahora– se convierte en una metáfora constante, nexos entre el pasado y el presente, como revelan los poemas de Río que vuelve y, sobre todo, de *A un mar futuro*, publicado en 2012. Las huellas que jalonan este libro, desde su portada hasta su epílogo –y que se identifican, en algún poema, con las que imprimieron los homínidos del paleolítico en Laetoli–, son los restos que el hombre deja a su paso; en el caso de un escritor, como Juan Malpartida, sus páginas, su palabra. Esta voz se erige también en objeto de discusión. La reflexión metapoética atraviesa las preocupaciones existenciales como la urdimbre se entrelaza con la trama. La escritura da fe del tiempo, que es siempre tiempo devanándose, huyendo: “La sangre escribe / el signo exacto”. Escribir es urdir el yo, interrogarlo, ver cómo se yergue y simultáneamente se diluye. El tiempo

## Dilatatio

(viene de la página 3)

Cuadernos

Malpartida ingresa en una edad clave a *Cuadernos Hispanoamericanos*. Allí será jefe de redacción y luego director –desde el 2012– hasta ahora, en que tras treinta y un años de trabajo en la revista, se jubilará. Fundada en 1942, la misma ha tenido como conductores a valiosos intelectuales y entre sus colaboradores figuras notables del mundo literario español e internacional.

Aunque centrada hoy en el ensayo y la crítica, también ha acogido otras expresiones creativas y atendido a una amplia gama de las artes.

Lector voraz y autónomo desde su adolescencia, Malpartida ha practicado una particular manera de escribir. En el prólogo a *Margen interno* (Fórcola, 2017) reconoce que los autores comentados por él *lo necesitaban*. Sus comentarios, semblanzas o críticas constituyeron también “lecturas que

son búsquedas homenajes, reconocimientos” y, para quienes los atendemos, resultan ser una manera de leer al propio Malpartida: “Quien lea mis lecturas (y digresiones)... también me lee a mí, mi vida”.

En el último texto de ese libro (*Leer, tan viejo como la vida*), el autor acepta: “Todo lo que vive lee, en alguna medida, su contexto”. Y así alude a las primeras bacterias no nucleadas, a las eucariotas y al resto del mundo que vive hoy. Hay, por lo tanto, en su concepción de la comunicación y el pensamiento, de la escritura y de leer, una amplitud que ampara bajo ella la incesante acción de captar y responder, de advertir en lo biológico y en la abstracción sutiles formas de intercambio. Todo es reacción y memoria, simbolismos naturales y abstrusos. Traducciones, interpretaciones, actos: significados. Como en escribir y leer que los combinan.

Juventud y plenitud de Juan Malpartida vividas en el ámbito de *Cuadernos Hispanoamericanos*. ¿Cuánto de ese contacto ha guiado la pasión intelectual de nuestro autor? ¿Cuán-

to de su perfil más íntimo sostiene en estos años el carácter de la revista? Desde luego que se trata de una empresa cultural activa en un país específico y bajo políticas y gobiernos claramente definidos y cuya función de puente diplomático entre España y América ha sido bien establecido.

Pero, como puede notarse en numerosas publicaciones literarias, sus conductores, sobre todo si son o han sido escritores, alimentan un aura particular. Mucho de lo que como ensayista, crítico y también teórico (para mí estas declinaciones circulan con frecuencia incardinadas, en la percepción de Malpartida parecen ser paralelas) gira en la prosa del autor, puede haber surgido de su contacto con la revista y, claro, de su insaciable curiosidad ante escritores, científicos, artistas. No siempre se es testigo de la creación continua, cambiante, contradictoria o unitaria en las inmensas zonas del lenguaje como puede ocurrirle a un jefe de redacción o director, cuando este y el medio en que trabaja poseen condiciones únicas.

La creación y el lenguaje, su diversidad en España y América, la corriente del mundo y sus idiomas, los vuelcos políticos, la acelerada e indetenible frontera técnica y científica, el poder de los medios y su intrusión en el alma mundial: todo pasa por una revista, por sus hacedores. Pero también todo ello exige autonomía de actitudes y pensamiento, de agudeza para distinguir fenómenos y posibilidades. En tal vorágine, no solo Malpartida, cualquiera de nosotros, está obligado a reconocerse y a diferenciarse. La multitud no puede neutralizar por completo su hechura de individualidades.

Ojear el índice de *Margen interno* o de *Los rostros del tiempo* (Artemisa Ediciones, 2006) vuelve materia vibrante la elección de un poeta y director de revista: cuánto de lo imantado por la una se realiza en el otro, cuánto de la una ha sido apartado por él, cuánto de este adquiere tono y cualidad absolutamente personales en la escritura individual del autor. Un verdadero desafío de límites, combates, triunfos.

Ese índice, asimismo, resulta ser una equilibrada bisagra, tal vez excepcio-

nal, de la literatura en español, hoy.

Malpartida, en mi gusto, conforma esa ágil y profunda franja de estudiosos a quienes acudo para ser recompensado. Entre ellos, Ramón Andrés, Rafael Argullol, Juan Arnau, Julio Ortega, Adolfo Castañón, Wilfrido H. Corral, Josu Landa, Christopher Domínguez, Carlos Sandoval, Toni Montesinos. Con variantes, en todos ellos parecen cumplirse las palabras de Malpartida: “La crítica literaria es una conversación que a veces solo podemos mantener a solas”, porque la literatura es “un mundo hecho de mundos” y requiere de un lector, “alguien paradójico”, ya que “la lectura presupone la pluralidad de autorías”.

Alguien notará los paralelismos entre una frase como “el crítico es un momento de la destrucción del libro” o “El crítico, como el lector, es, ciertamente un comensal (...), su almuerzo supone una metamorfosis de la que, en ocasiones, habrá de responder durante toda su vida. Hay disquisiciones digestivas como las hay indigestas” y las posiciones de sólidos críticos en nuestra lengua, hoy. ☉



## DOSSIER &gt;&gt; HOMENAJE A JUAN MALPARTIDA

MANUEL ALBERCA

La publicación de los diarios íntimos en vida del autor, casi al mismo ritmo que se escriben, es un fenómeno relativamente reciente, que ha venido a cambiar la concepción tradicional del género. Ya no se lleva diario con la pretensión hipotética de publicarlo algún día, sino con la firme determinación de darlo a la luz. Cuanto antes mejor. Son, por tanto, diarios concebidos, escritos y retocados para ser publicados. Dentro de este marco hay que colocar la obra diarística de Juan Malpartida, que ha publicado hasta hoy dos notables volúmenes: *Al vuelo de la página. Diario, 1990-2000* (Fórcola, 2011) y *Estación de cercanías. Diario, 2012-2014* (Fórcola, 2015). En mi opinión, estos diarios merecen lectura, atención y estudio por sí mismos, pero además constituyen un lugar de encrucijada para leer el resto de su obra, desde la poesía a las novelas, pasando por el último libro, su original y lograda autoficción, *Mi vecino Montaigne* (Fórcola, 2021). A Juan Malpartida le cuesta definirse, prefiere la divagación o el camino divagatorio por el que le conduce la escritura “pensamental” (Gonzalo Sobejano *dixit*), tal como le ocurre al narrador de *Señora del mundo* y de su último libro. ¿Es esto malo para un diario? No creo. Al contrario, Malpartida huye de lo categórico para asomarse a los abismos de la razón. Por eso, sus diarios son una clave para leer el resto de su obra.

No es Malpartida un diarista ensimismado y ombliguista, su idea del diario, aunque es ecléctica, responde sobre todo al formato del dietario. En su caso, el diarista queda la mayoría de las veces en la sombra, casi invisible, para potenciar el contenido intelectual y reflexivo, sin que ello signifique que el autor no se encuentre representado de manera transversal en sus anotaciones, en sus lecturas y en sus reflexiones. Malpartida es consciente de esto. Lo busca, lo cultiva y lo explota. En un momento sentencia: “Mi diario no puede ser sino diverso”. Su unidad está en la diversidad, su definición es un haz de facetas que no construyen una imagen única de sí mismo. Si hay infinitas y personales razones por las que alguien lleva diario, Malpartida lo lleva sobre todo para salvar lo pensado, lo sentido y lo experimentado en el plano de las ideas. Su objetivo es levantar acta, para no dejarlo a la intemperie del olvido, porque el tiempo suele confinar todo en las sombras de la amnesia más pronto que tarde.

Esta lucha contra la fugacidad del tiempo la evidencian las abundantes anotaciones de lecturas y comentarios sobre libros. Malpartida dedica numerosas entradas a este fin. Guardadas como un tesoro en los cuadernos, sirven para ampliar la dimensión del tiempo y para hacerlo más habitable. Como bitácora de lecturas o dietario, los diarios de Malpartida reúnen un conjunto de saberes nuevos y viejos, un cuaderno de trabajo, un *carpet* en la denominación francesa, que abandona su estado provisional o su función práctica al ser publicado. Son anotaciones elaboradas, extensas, instructivas, pero marcadas por la provisionalidad de pensamiento ensayístico. Para Malpartida “el diario es un palimpsesto”, escritura incesante y reflexión sin fin. “Simiente y almacén”, dirá el propio autor.

En más de una ocasión se interroga sobre la cantidad de libros que contiene su biblioteca personal. Varios miles. ¿Cuántos ha leído y cuántos le quedan por leer? Varios miles también. La razón más o menos consciente es clara: mientras haya libros por leer, la vida y el tiempo se ensanchan hacia el futuro en un horizonte infinito. En el “Autorretrato”, incluido en *Al vuelo de la página*, sintetiza esta idea sobre la importancia de la lectura: “Leer es mi mayor afición. Creo que podría leer quince horas seguidas si no fuera porque los ojos me la grimean y se me llenan de pequeñas sombritas discolas [...]. A veces lamento que vaya a morir sin haber leído este libro, y aquel y aquellos otros”.

Sin embargo, esta pulsión lectora es también una invitación al análisis y



JUAN MALPARTIDA / ©VASCO SZINETAR

# Los diarios de Juan Malpartida

**“No es Malpartida un diarista ensimismado y ombliguista, su idea del diario, aunque es ecléctica, responde sobre todo al formato del dietario. En su caso, el diarista queda la mayoría de las veces en la sombra, casi invisible, para potenciar el contenido intelectual y reflexivo, sin que ello signifique que el autor no se encuentre representado de manera transversal en sus anotaciones, en sus lecturas y en sus reflexiones”**

la reflexión personal. Las numerosas entradas sobre ideas o pensamientos que salen de las lecturas –ensayos en ciernes– son la mejor definición de un diarista que no se exhibe de manera íntima, sino en contadas ocasiones. Hay un momento en *Al vuelo de la página*, en que Malpartida confiesa que nunca cursó estudios universitarios: “Formo parte de los escritores que no pasaron no ya por la universidad sino ni siquiera por el instituto”. Y apostilla contra la fiebre y el prestigio de la especialización que predomina hoy: “... no soy especialista en nada; es más, no sé mucho de nada.

Con lo cual, en momentos de crisis, contemplo amargamente la inmensidad de mi ignorancia”.

Es Malpartida un autodidacta y un curioso de muchas disciplinas. El entusiasmo y el afán de conocer le arrastran del pensamiento poético a la filosofía, de la autobiografía a la neurociencia. Y en cada de una estas celdillas del saber no se contenta con la opinión mimética ni la repetición acumulativa, Malpartida tamiza en el crisol personal de su diario las ideas recibidas y las enriquece convirtiéndolas en saberes para aprender a vivir mejor.

Evidentemente su maestro es el señor de Montaigne, que aparece de manera explícita en varias ocasiones, y me atrevería a decir que, de manera tácita, está siempre presente como inspiración: “No cabe duda que este hombre [Montaigne], que se hizo a sí mismo mientras hacía ‘su libro’, es una fuente de sugerencias” (*Estación de cercanías*). Malpartida, que hace de su diario una bitácora de lecturas, encuentra en los *Essais* una guía segura en sus anhelos de saber y conocimiento. Sus diarios son al fin y al cabo ensayos con horma diarística.

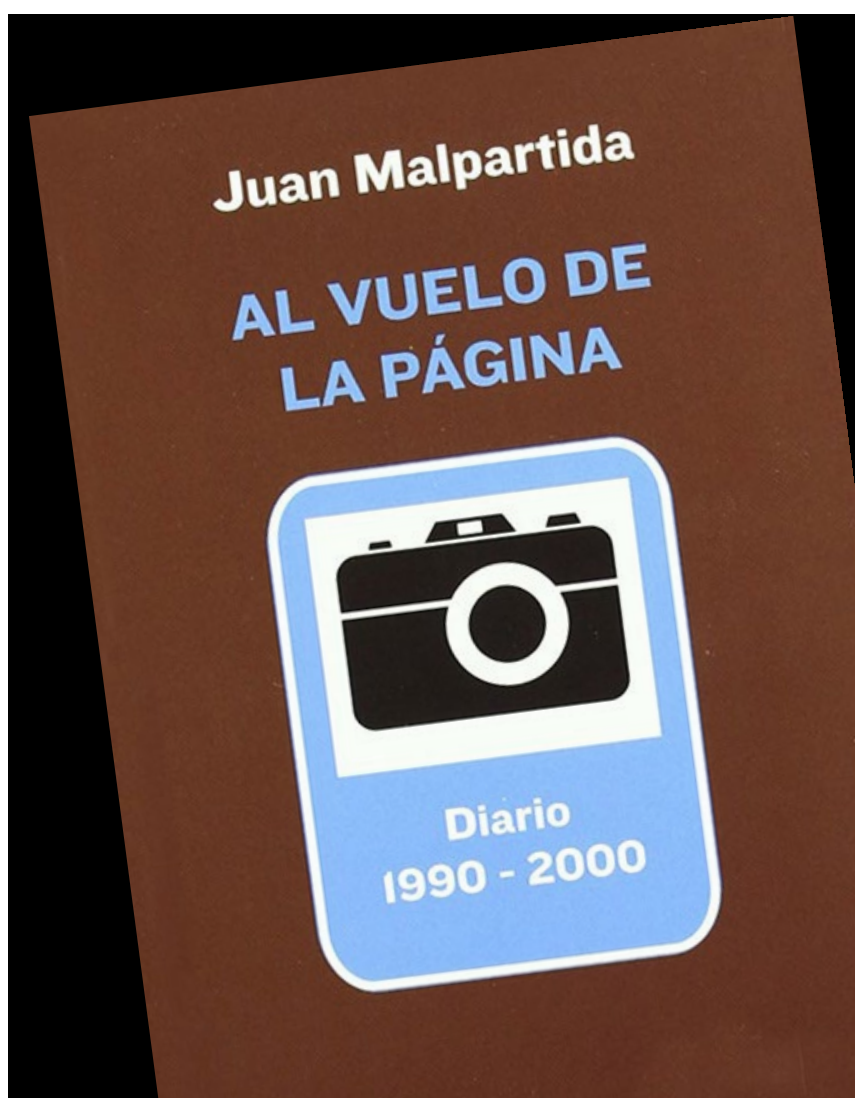
El diario es un género polimórfico, de estructura abierta y fragmentaria, sin apenas reglas, en el que cabe todo con tal de que las entradas den cuenta de la fecha o del momento en que se hacen. Las anotaciones de Malpartida no se postulan como definitivas ni autosuficientes, no aspiran a ser explicaciones totales, solo levantan acta de un proceso intelectual o moral en momento preciso. Parafraseando a Montaigne, Malpartida no pinta el ser, pinta el tránsito. En el imponente compendio de saberes bibliográficos, echamos en falta la bio-bibliografía del diarista, es decir, ese punto en el que la lectura se hace vida o donde los libros muestran la huella vital que los justifican.

Si como dice Ortega un ensayo es “la teoría sin prueba”, un diario es muchas veces el relato de un malestar que no explícita la causa. Por tanto, ambos géneros se encontrarían próximos, pero no pueden confundirse. En los *Ensayos*, Montaigne reflexiona casi siempre a partir de la lectura de los clásicos, pero en ocasiones también de su experiencia personal. Consideraba que, al estudiarse a sí mismo, al exponerse a los otros, les daba una voz en la que reconocerse: “Yo me estudio a mí mismo más que a cualquier otra cosa. Esa es mi metafísica, mi física”. Por el contrario, Malpartida busca su propia voz entre los otros y sus reflexiones fragmentarias están apoyadas mayoritariamente en

un saber intelectual. Hay, sin embargo, un momento en que el diarista discurre sobre la vida y la experiencia de la muerte. El pensamiento vaga, va y viene sin asentarse, en una suerte de ensoñación o elucubración mental, hasta que por fin se detiene y pone los pies en la tierra. Solo cuando vuelve la mirada a la experiencia propia se acerca de veras a la muerte: “La primera persona que vi morir fue en realidad un viejo, vecino de mi casa [la de sus padres]; Frascuelo se llamaba [...]. Con los años vinieron más muertes... la más trágica fue la de mi primera mujer, cuando estaba por cumplir 27 años” (*Al vuelo de la página*). Cuando Malpartida se aleja de sus preocupaciones intelectuales, aflora su lado íntimo, y las anotaciones ganan en interés humano. Desgraciadamente no se prodiga para el gusto del que suscribe. Pero en esas ocasiones el diario nos acerca al hombre tierno que se mira y nos mira de frente. Sobran las elucubraciones.

El diarista Malpartida filosofa sin tenerse por filósofo. Opina de política y, sin ser politólogo, pone patas arriba con acierto la corrección política de la izquierda española, a la que critica su papel contemporizador y cómplice en temas como el terrorismo de ETA o el independentismo vasco y catalán. Cuenta como buen novelista, aunque es tacaño en el relato de hechos o anécdotas, pues evita incurrir en lo que él mismo llama el “anecdótico”. Reflexiona sobre la creación poética y sus puntos ciegos, con bien fundados principios de su experiencia de lector de poesía, amigo de grandes poetas, como Octavio Paz, y poeta él mismo. Lo que liga todos estos puntos de interés –la literatura, la política, la sociología o la ciencia– es su curiosidad entusiasta por todo lo humano. ☉

(\*) Manuel Alberca es catedrático de la Universidad de Málaga y escritor. Su último libro, *Maestras de vida. Biografías y bioficciones* (Pálido Fuego).





## DOSSIER &gt;&gt; HOMENAJE A JUAN MALPARTIDA

JOSÉ MARÍA HERRERA

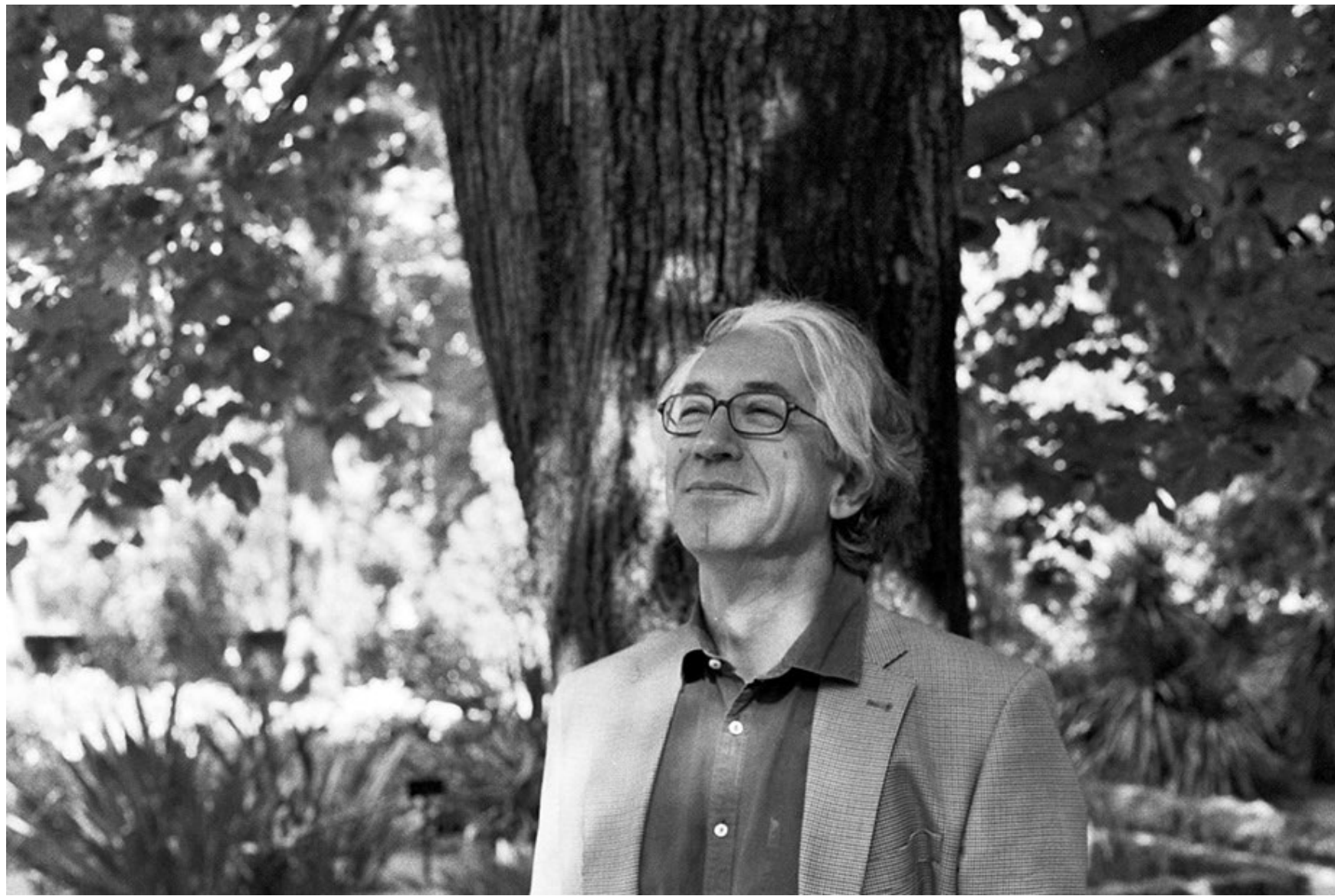
A Juan Malpartida le gusta ser considerado poeta. Aunque haya publicado cuatro novelas, varios libros de ensayos, dos volúmenes de diarios y multitud de artículos de crítica, su vínculo fundamental con el lenguaje es el de alguien que cree en la inmensidad de las palabras. En uno de sus diarios, *Al vuelo de la página*, escribe que, siendo un chiquillo, con apenas seis años, para consolar a su madre de alguna pena, abrió su libro escolar y le leyó un poema. Fue entonces tal vez cuando arraigó en él la semilla de la futura pasión por la poesía, la confianza en el poder de la palabra, una confianza que los años y la sabiduría le han obligado a matizar, pues ni siquiera la palabra poética es absoluta ni representa la respuesta definitiva a las preguntas que nos acucian como humanos.

El salto a la prosa, si se me permite simplificar un proceso necesariamente más complejo, vino después y hay que relacionarlo con una doble necesidad suya derivada de dicha vocación poética: el interés por las ideas, interés que ha generado una prolífica labor ensayística, y el afán por dar testimonio de la experiencia, prueba de lo cual son los dos gruesos volúmenes de diarios publicados, *Al vuelo de la página* (2011) y *Estación de cercanías* (2015), y su último e inclasificable libro, *Mi vecino Montaigne* (2021), en el que se trenzan sutil y brillantemente todos los hilos que constituyen la trama de su personalidad literaria.

Pese a moverse con extraordinaria soltura en todos los géneros, Malpartida descubrió un día que para decir lo que quería necesitaba la ficción. Algo lo empujaba hacia la novela, mundo por el que, en principio, no estuvo demasiado interesado. Nunca fue gran lector de novelas. El ensayo, las biografías, las memorias y, por supuesto, la poesía, le interesaban bastante más. En la década de los noventa, con cuarenta años y una dilatada experiencia vital, se dio cuenta, sin embargo, de que para mejor comprender la vida y sus múltiples posibilidades de sentido, tenía inevitablemente que recurrir a ella.

Fruto de esta primera aproximación a la narrativa fue *La tarde a la deriva*, texto que, según confiesa, escribió casi como si fuera un poema, esto es, como si no supiera bien lo que estaba haciendo. El lector no tiene en absoluto dicha impresión, al contrario, siente que todo en la obra encaja perfectamente, pero él ha escrito que, a pesar de sentirse complacido con el resultado del trabajo, “la idea de conjunto se me borra (...) A veces creo que es un paisaje lo que he pintado, otras el paso del tiempo, o quizá el curso de un río que serpentea, gira alrededor de un montículo y entre una hilera de árboles desaparece”. ¿A qué se debe esta extrañeza respecto de la propia creación? Es difícil saberlo y no me atrevo a dar una respuesta, aunque quizá se encuentre en los últimos versos del poema “XIII” de las *Soledades* de Antonio Machado, pensador predilecto al que Malpartida ha dedicado un libro: “Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría// (Yo pensaba ¡el alma mía!)”.

*La tarde a la deriva* (2002) es la primera entrega de la trilogía que forma con *Reloj de viento* (2008) y *Señora del mundo* (2020). Aunque son novelas independientes y pueden ser leídas como tales, las tres comparten en algún momento narrador, Javier Ventadour, un escritor que conoce bien su oficio y sabe todo lo que hay que saber para llevar adelante con destreza una historia, pero que, hijo de su tiempo, sufre en carne propia la pérdida de la omnisciencia característica de los narradores del pretérito. Trasunto a ratos de Malpartida, con quien comparte la certeza de que “la vida hay a veces que inventarla para que sea más real” (“yo, al igual que don Quijote, invento pasiones para ejercitarme”, solía decir Voltaire), su escritura es un perpetuo y penetrante diálogo consigo mismo y el lector. ¿Acaso podemos adentrarnos solos en la senda de la verdad? Puede que este concretamente sea el motivo por



JUAN MALPARTIDA / ©MARÍA MANSO

# Juan Malpartida, narrador

**“Pese a moverse con extraordinaria soltura en todos los géneros, Malpartida descubrió un día que para decir lo que quería necesitaba la ficción. Algo lo empujaba hacia la novela, mundo por el que, en principio, no estuvo demasiado interesado”**

el que rechaza la posibilidad de que un único narrador cuente la historia. Más que la omnisciencia, siempre improbable, le fastidia la omnipresencia de un yo que impone su punto de vista, una limitación que arregla abriendo el relato a la opinión de los personajes y cuestionando socráticamente sus propias afirmaciones. Las dudas de hombre perspicaz que le asaltan a cada paso en este diálogo consigo mismo y con el lector no solo le hacen sospechar que quizás no esté contando o interpretando los hechos adecuadamente, sino que tal vez, en una maniobra inconsciente, haya usurpado la voz de los persona-

jes e incluso, en momentos de “unamunismo” extremo, que su texto no sea suyo, sino más bien de otro que lo escribe a él. Al final, valga la broma pirandelliana, nos hallamos con una concurrencia de autores a la búsqueda de la obra.

Tales vacilaciones, a veces sinceras, a veces producto del oficio narrativo del autor, son inevitables cuando se considera que la tarea primordial de la novela es recuperar el proceso de la vida, la vivencia de la vida. No en vano la mayor preocupación de Malpartida es conseguir que la palabra llegue viva al lector. La amenidad, la claridad, el sentido del humor de sus

narraciones, pero también esa inteligencia lúcida escéptica que le impulsa a multiplicar los puntos de vista sobre las cosas y las personas, no es fruto de la mera voluntad de entretener al público, sino del apego a la existencia como tal. ¿Acaso la realidad, cuando se la contempla con atención, no revela a veces verdades desconocidas que lo modifican todo? Vivimos creyendo entender hasta que un día, de pronto, descubrimos que no comprendemos nada, algo que le ocurre no solo a los personajes literarios, sino también, e igual de a menudo, a los narradores capaces de imaginarlos y ocuparse de ellos.

La trilogía de Ventadour aborda asuntos diversos, desde la naturaleza del amor y los celos hasta las dificultades de la ficción literaria o la construcción de la identidad personal. Se trata de problemas de nuestro tiempo, tal y como podrían presentarse a cualquiera de nosotros. Juan Malpartida no inventa un mundo para situar a sus personajes, se vale del que ya compartimos. *La tarde a la deriva* y *Señora del mundo* giran en torno a una situación frecuente en nuestro tiempo: la separación amorosa. Aunque el planteamiento de cada novela es distinto, en ambas la ruptura lleva al protagonista a reflexionar sobre las causas del fracaso de la relación y a realizar, movido por ello, un complejo viaje interior que conduce a la misma conclusión: es la ausencia del amor la que nos hace precipitarnos dentro de nosotros mismos y sentir el vacío de la vida, la pérdida de realidad de la realidad. Mientras hay amor, gravitamos en torno a un centro, nuestro movimiento posee sentido, creemos vivir una eternidad.

*Reloj de viento* posee otras características. Se trata, por lo pronto, de una novela dividida en dos partes: la primera es el testimonio de la vida de Guillermo Ventadour, tío del narrador; la segunda, la reflexión del sobrino acerca de esa vida y los problemas derivados de su manera de contarlos. El diálogo, mediado por el lenguaje literario, entre dos generaciones con vivencias muy dispares,

permite al autor llevar a cabo una profunda exploración de los problemas del tiempo y la memoria, dos de las constantes de su obra. Guillermo, un hombre de campo que vivió siendo muchacho la guerra civil, encuentra en su sobrino Javier un espejo donde reflejar su experiencia y enriquecerla; Javier encuentra en su tío Guillermo una sabiduría del amor; el tiempo y la muerte, que le obligan a reconsiderar su papel como hombre y como escritor. La novela, de la que alguien ha dicho con toda razón que es un elogio de la conversación, descansa en la convicción de que no existe racionalidad sin diálogo y que estamos uncidos al tiempo no solo por nuestro cuerpo, sino también por nuestras palabras. A fin de cuentas, son estas las que nos enseñan a cada instante en qué consiste la inaprensible fugacidad.

La última y premiada novela de Malpartida, aunque publicada con anterioridad a *Señora del mundo*, es *Camino de casa* (2015). En ella se cuenta la historia de un joven que, tras descubrir la teoría de la evolución, experimenta una profunda crisis personal que cambia su vida. Saber que formamos parte de una larga historia biológica y que hemos sido antes otras especies le hace caer en la cuenta de que los seres humanos nos hemos hecho una idea demasiado rimbombante de nuestra condición. Hay que aceptar lo que somos realmente. “La evolución inventó el cerebro para salir de la casa (para comer cuando el alimento *in situ* se agota) y la memoria para volver a casa”, reza una de las citas que Malpartida ha colocado en el frontispicio de la novela. Volver a casa no es volver a un supuesto estado natural que no existe. Somos seres naturales, siempre lo hemos sido, incluso cuando pensábamos que éramos otra cosa, pero hemos hecho un camino y nos hemos hecho en él. Volver a casa significa reconocer el camino y las huellas impresas en su superficie para, aceptando la realidad, continuar haciendo lo que siempre hicieron los hombres: construir su mundo y tratar de darle sentido. Se trata, con otra formulación, de los mismos temas que encontramos en ensayos recientes del autor, incluido *Mi vecino Montaigne*, pero encarnados en alguien que los vive ante el lector como solamente se pueden vivir en los libros de ficción; los buenos, lúcidos e inspirados libros de ficción. ©





DOSSIER &gt;&gt; HOMENAJE A JUAN MALPARTIDA

# Espirales y huellas de Juan Malpartida.

## La aventura de ensayar y dialogar con Montaigne y Paz

"Como cualquier arte, avanza a tientas, probando y experimentando, descubriendo lo que no se sabía antes de haber emprendido el camino. Por ello es una aventura cognitiva y ético-política"

SEBASTIÁN GÁMEZ MILLÁN

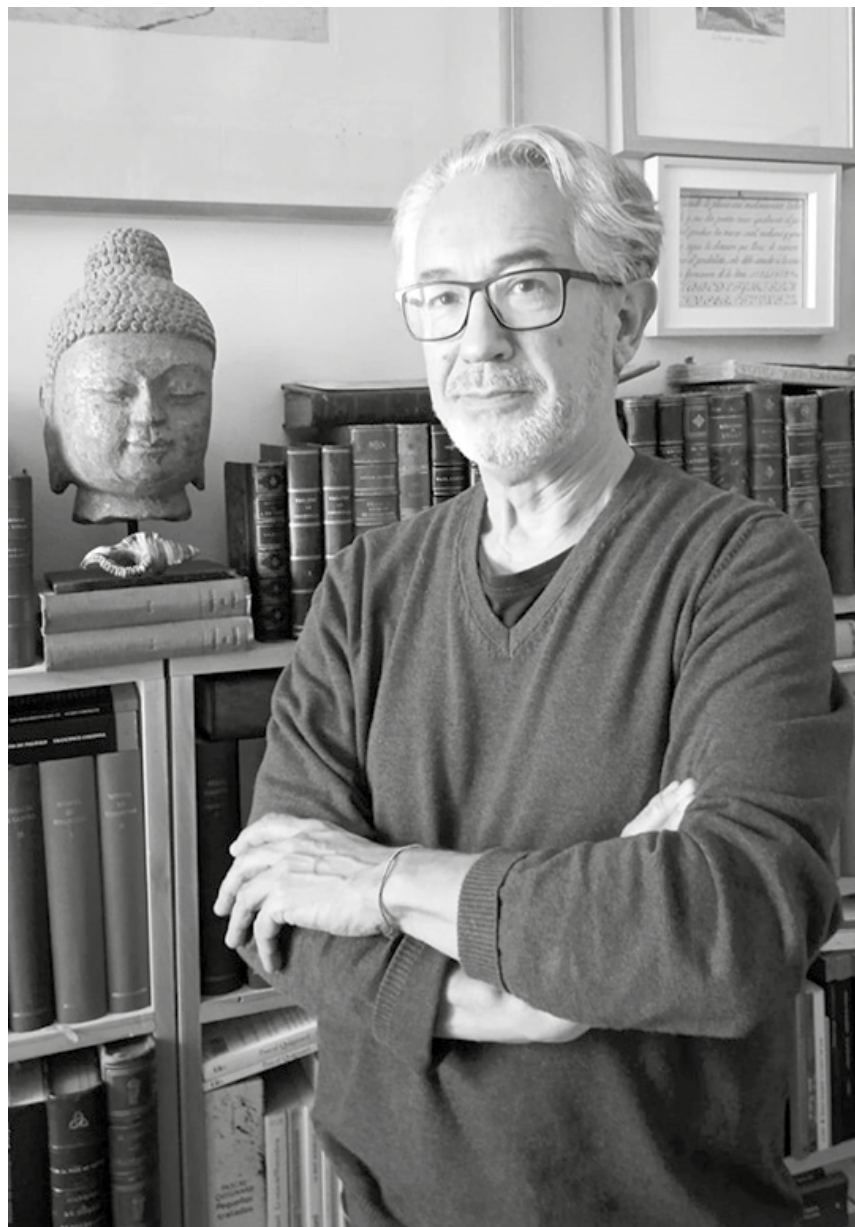
Juan Malpartida (Marbella, Málaga, 1956) ha cultivado con claridad y hondura casi todos los géneros literarios: desde la poesía (*Huellas. Poesía 1990-2012*) al ensayo (*Mi vecino Montaigne*, 2021; *Margen interno. Ensayos y semblanzas*, 2017) o la monografía (*Antonio Machado. Vida y pensamiento de un poeta*, 2018; *Octavio Paz: un camino de convergencias*, 2020), desde el diario (*Al vuelo de la página*, 2011); *Estación de cercanías*, 2015) a la novela (*Señora del mundo*, 2020), siempre con una distinguida altura literaria y de pensamiento, precisamente porque, sea en el género que sea, en toda su escritura late una voluntad de aventura, de ensayar, de experimentar, de ir al encuentro con lo otro, de conversar, de escuchar y volver a sí con algo o mucho de los otros, ampliando la espiral que somos cada uno de nosotros.

A continuación, en espera de que alguien pueda desarrollarlo mejor, voy a procurar aproximarme a su concepción del ensayo al tiempo que trazo una serie de paralelismos y convergencias con dos maestros, dos autores que son faros que le han dejado una profunda huella y no dejan de acompañarle en la escritura como en la vida, si es que en Juan Malpartida, al igual que en estos maestros, se puede disociar lo uno de lo otro: Montaigne y Octavio Paz.

No es fortuito que a ambos les haya dedicado sendos libros: la monografía *Octavio Paz: un camino de convergencias* (2018), fruto de un largo e inacabado diálogo con el poeta y pensador, y su por ahora última obra publicada, *Mi vecino Montaigne* (2021), que es un ensayo narrativo<sup>1</sup>. Tampoco es casual que ambos autores aparezcan citados en el primer párrafo de una reflexión dedicada a la voz "ensayar", recogida en abril de 1990 en uno de sus diarios, *Al vuelo de la página*.

De la mano de Ortega y Gasset, otra figura recurrente en Malpartida y sin duda decisiva para que el ensayo adquiriera la mayoría de edad que alcanzará durante el siglo XX en el ámbito hispánico, recuerda que "el ensayo es la teoría sin la prueba"<sup>2</sup>. Quizá carezca de una prueba experimental, como acostumbra las ciencias naturales desde la revolución científica, pero no de esa otra forma de probar que es la propia de la experiencia del lector, y sin la cual no tiene lugar el reconocimiento ni el descubrimiento, por no hablar de verdad, tal como han reivindicado en los últimos años autores y pensadores como Milan Kundera, Antoine de Compagnon, Tzvetan Todorov o Jacques Bouveresse, en contra de buena parte del pensamiento posmoderno, que parece haber desterrado a la verdad.

Ortega lo formuló certeramente al comienzo de su primera obra, *Meditaciones del Quijote*: "no pretenden ser recibidas por el lector como verdades. Yo solo ofrezco *modi res considerandi*, posibles maneras nuevas de mirar las cosas. Invito al lector a que las ensaye por sí mismo, que experi-



JUAN MALPARTIDA / ©MARÍA MANSO

mente si, en efecto, proporcionan visiones fecundas: él, pues, en virtud de su íntima y leal experiencia, probará su verdad o su error". Ni siquiera es preciso que sean maneras "nuevas" de mirar las cosas, salvo que hayamos caído en la irresistible tentación moderna por la novedad. Con que sean verdaderas, ¿no es suficiente? En todo caso, prefiero la verdad a la novedad.

Cuando Marcel Proust, en *El tiempo recobrado*, anota: "Todo lector es, cuando lee, el propio lector de sí mismo. La obra del escritor no es más que una especie de instrumento óptico que ofrece al lector para permitirle discernir aquello que, sin ese libro, él no podría ver de sí mismo. El hecho

de que el lector reconozca en sí mismo lo que dice el libro es la prueba de la verdad de este..." no solo define, tal como advierte Milan Kundera, "el sentido del arte de la novela"<sup>3</sup>, sino el de la literatura que procura descubrir aspectos recónditos y todavía no revelados de la condición humana.

¿No es a esta experiencia literaria a la que se refiere Juan Malpartida en "Los días del tiempo", su memorable epílogo a su poesía reunida, al observar que "al leer a Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Cernuda, Rimbaud, Saint-John Perse, Octavio Paz o Roberto Juarroz (...) no solo me daban vida sino que me revelaban aspectos insospechados y, también, ampliaban mi propia o intuitiva vivencia"<sup>4</sup>? Como José Ángel Valente, como Claudio Rodríguez, como Antonio Gamoneda o Pere Gimferrer, Juan Malpartida concibe la poesía y la literatura como conocimiento de uno mismo y, por ineludible analogía, de los otros, nuestros semejantes, diferentes.

Es obvio que el ensayo es un género literario-filosófico abierto, proteico y exploratorio que busca conocer y conocernos, de ahí que no puede estar definido previamente. Malpartida lo describe con estos términos: "elíptico, tentacular, inesperado"<sup>5</sup>. Como cualquier arte, avanza a tientas, probando y experimentando, descubriendo lo que no se sabía antes de haber emprendido el camino. Por ello es una aventura cognitiva y ético-política. En palabras de Juan Malpartida, "ensayar no es pensar menos sino dudar más. El verdadero ensayista es socrático: sabe que no sabe y por eso anda buscando entre las palabras, las suyas y las de su vecino"<sup>6</sup>.

Con una dosis de humor rebaja al territorio de las contingencias la gravedad del asunto. Además de la ironía, esta es una impercedera enseñanza de Sócrates, el saber comienza en todo tiempo desde el reconocimiento de nuestra ignorancia. En la estela de su maestro, Platón a través de un diálogo entre Diotima y Sócrates define en *El Banquete* al filósofo como aquel que sabe que no sabe, y precisamente por ello desea saber, en contraposición al sabio, que cree que sabe, y justo por eso no le mueve el deseo de saber. Mientras que en la primera postura permanecemos abiertos a la búsqueda del saber, de

la verdad, de la libertad, cuya última palabra no existe más que en un horizonte inalcanzable, en la segunda la clausuramos de manera dogmática.

De ahí que, como bien ha indicado Nuccio Ordine en esta línea, "solo quien ama la verdad puede buscarla de continuo. Esta es la razón por la cual la duda no es enemiga de la verdad, sino un estímulo constante para buscarla. Solo cuando se cree verdaderamente en la verdad, se sabe que el único modo de mantenerla siempre viva es ponerla continuamente en duda. Y sin la negación de la verdad absoluta no puede haber espacio para la tolerancia"<sup>7</sup>.

Y ya que hablamos de duda y tolerancia, resulta casi irremediable no volver la mirada a Montaigne. ¿Por qué elige Juan Malpartida a Montaigne como compañero de aventuras en su hasta la fecha última obra, como principal interlocutor de ese viaje? Encontramos diferentes razones: "Montaigne se incardina en una tradición siempre amenazada, aquella que está contra toda forma de dogma y dogmatismo, una actitud que también lo emparenta con Erasmo, pensador que le precede, y que influyó en nuestro Cervantes"<sup>8</sup>. Con Erasmo "comparten el amor por el diálogo, la tolerancia (no exenta de crítica), la capacidad de admirar y el humor"... "Era el más civilizado de los hombres"<sup>9</sup>. ¿Qué busca con ello el Malpartida? Semillas de modernidad y libertad.

Es sabido que el ensayo es un género literario-filosófico que se abre paso durante la modernidad<sup>10</sup>. Ciertamente se discute si Montaigne inventa el género o bien es solo el que acuña el concepto y le confiere una particular forma y características. Ya en sus *Essays* de 1597 Francis Bacon declaró que "la palabra es nueva, pero el contenido es antiguo. Pues las mismas *Epistolas a Lucilio* de Séneca, si uno se fija bien, no son más que 'ensayos', es decir, meditaciones dispersas reunidas en forma de ensayo"<sup>11</sup>.

Sea como sea, y en contra de una convención ampliamente aceptada según la cual la filosofía moderna arranca con Descartes, estoy de acuerdo con Stephen Toulmin en que "el gambito de salida de la filosofía moderna no coincide, así, con el racionalismo descontextualizado del *Discurso* y las *Meditaciones* de Descartes, sino con la reformulación que hace Montaigne del escepticismo clásico en su *Apología*, en la que tantas anticipaciones de Wittgenstein encontramos. Es Montaigne, y no Descartes, quien juega, y sale, con blancas"<sup>12</sup>.

Ahora bien, hay algunos aspectos en los que Descartes anticipa mejor la modernidad: por un lado, prescinde en la medida de lo posible del argumento de autoridad, tan recurrente en la Edad Media y en Montaigne, sometiéndolo casi todo al tribunal de la razón. Y, por otro lado, se trata de una razón matemática cuyos orígenes se remontan a la corriente pitagórica y que atraviesa el pensamiento occidental de Platón a Galileo, entre otros.

¿Qué aspectos comparte Juan Malpartida con Montaigne en su concepción ensayística? 1) La búsqueda a través de la lectura y de la escritura de cómo vivir mejor, convicción humanista y pregunta socrática por excelencia que no abandona a Montaigne por los meandros de sus pensamientos. Sócrates, al que cita en más de un centenar de ocasiones, es su modelo y ejemplo de vida, hasta el punto de que lo considera en "De la experiencia", su último y a mi parecer más memorable y logrado ensayo, "el maestro de los maestros"<sup>13</sup>.

A Sócrates se le atribuye el denominado "giro socrático", esto es, desplazar el centro de interés de la pregunta por el origen, propia de los presocráticos, a cuestiones ético-políticas. Y en Montaigne estos intereses corren

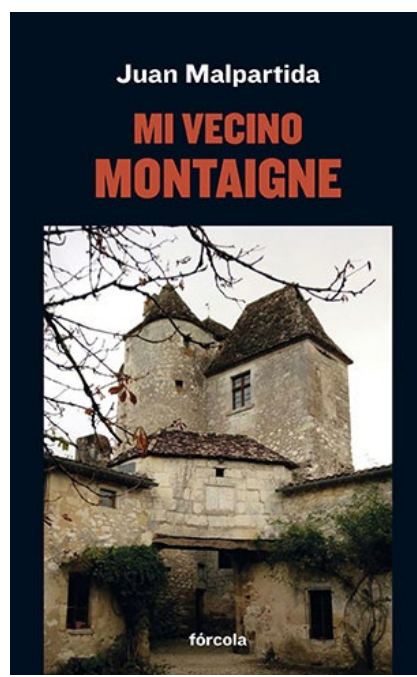
paralelos: "no hay nada tan hermoso y legítimo como hacer bien de hombre... ni ciencia tan ardua como saber vivir esta vida bien y naturalmente". El fin de la vida consiste en vivir y, especialmente, en vivir bien. No hay arte mayor. El conocimiento y prácticamente todo está supeditado a la vida. Con ello Montaigne anticipa el vitalismo (Nietzsche, Bergson, Ortega...).

Pues bien, en Juan Malpartida me atrevería a sostener que la vocación por la lectura y la escritura es indisoluble de la pregunta "cómo vivir". Como muestra válgame el siguiente botón, las dos citas que elige a modo de pórtico de *Mi vecino Montaigne*: "Cuando estoy cara a cara con alguien siempre me pregunto: ¿qué vivencias ha tenido esta persona? ¿Cuál ha sido su victoria, o su gran derrota?" (George Steiner); "Me dijo entonces (Hermann Broch) que paralelamente a toda profundización a que procediera en la obra de algún gran maestro, tenía que buscarme a mí mismo" (Hans Foniuss). Creo que pueden leerse como dos confesiones que se pueden aplicar no solo a este libro sino a su actitud vital.

2) El estilo conversacional como procedimiento cognitivo y ético-político. Juan Malpartida compara el ensayo con "la conversación inteligente y apasionada"<sup>14</sup>. Algunos estudiosos apuntan a que Montaigne se encerró en la biblioteca de la torre a escribir *Los ensayos* a la muerte de su querido amigo La Boétie, como si pudiera seguir la conversación con él. Es una hipótesis que no podemos verificar, pero en cualquier caso no hay duda en la obra de Montaigne del estilo conversacional como procedimiento cognitivo y ético-político. Según Merleau-Ponty, "el conocimiento de sí mismo en Montaigne es diálogo consigo mismo"<sup>15</sup>, si bien ese diálogo es inseparable de la vida y de los otros en sus múltiples dimensiones. ☉

“

La búsqueda a través de la lectura y de la escritura de cómo vivir mejor"



- 1 Me he ocupado de esta obra en: <https://cafemontaigne.com/mi-vecino-montaigne-de-juan-malpartida-una-resena-de-sebastian-gamez-millan/libros-libres/admin/>.
- 2 Malpartida, Juan, *Al vuelo de la página. Diario: 1990-2000*, Madrid, Fórcola, 2015, p. 6.
- 3 Kundera, Milan, *El telón. Ensayo en siete partes*, trad. Beatriz de Moura, Barcelona, Tusquets, 2005, p. 119.
- 4 Malpartida, Juan, *Huellas. Poesía 1990-2012*, Madrid, La garúa, 2014, p. 330.
- 5 Malpartida, Juan, *Al vuelo de la página. Diario: 1990-2000*, Madrid, Fórcola, 2015, p. 6.
- 6 Malpartida, Juan, *Al vuelo de la página. Diario: 1990-2000*, Madrid, Fórcola, 2015, p. 9.
- 7 Ordine, Nuccio, *La utilidad de lo inútil*, trad. Jordi Bayod, Barcelona, Acontillado, 2014, p. 131.
- 8 Malpartida, Juan, *Mi vecino Montaigne*, Madrid, Fórcola, 2021, p. 130.
- 9 Malpartida, Juan, *Mi vecino Montaigne*, Madrid, Fórcola, 2021, p. 135.
- 10 Cerezo, Pedro, "El ensayo, género de la modernidad", en "El espíritu del ensayo", *Claves y figuras del pensamiento hispánico*, Editorial, Escolar y Mayo, 2012, pp. 34-36.
- 11 Citado por Arenas Cruz, María Elena, que desarrolla esta cuestión en "El origen del ensayo", *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*, Monografías, Universidad de Castilla-La Mancha, 1997, p. 50.
- 12 Toulmin, Stephen, *Cosmópolis. El trasfondo de la modernidad*, trad. Bernardo Moreno Carrillo, Barcelona, Península, 2001, p. 75.
- 13 Montaigne, "De la experiencia", *Los ensayos*, trad. Jordi Bayod Brau, Barcelona, Acontillado, 2008, p. 1607.
- 14 Malpartida, Juan, *Al vuelo de la página. Diario: 1990-2000*, Madrid, Fórcola, 2015, p. 6.
- 15 Merleau-Ponty, Maurice, "Lectura de Montaigne", reunido en *Signos*, Barcelona, Seix Barral, 1973, p. 248.

(continúa en la página 8)





JUAN MALPARTIDA / ©VASCO SZINETAR

## Espirales y huellas de Juan Malpartida. La aventura de ensayar y dialogar con Montaigne y Paz

(viene de la página 7)

Y creo que este rasgo se advierte en la obra de Juan Malpartida. La estructura del lenguaje es pregunta-respuesta, como apreciamos en los diálogos de Platón. Sospecho que para que tenga lugar un buen diálogo es necesario que los interlocutores durante la conversación estén abiertos a reconocer y, por tanto, salgan de las posiciones originales de las que parten, escuchen con atención los argumentos y, dentro del pluralismo de la razón, se esfuercen en reconocer cuáles son los mejores para el bien común, independientemente de los intereses particulares, si se trata de una cuestión que trasciende lo ético y alcanza a lo político.

De tal modo que volvamos a nosotros mismos habiendo incorporado algo o mucho de los otros. Tengo para mí que no podemos crecer de manera intelectual ni ética ni política si no es por medio del diálogo. Ambos, Montaigne y Malpartida, consiguen la cercanía y la calidez de una grata conversación. Y a ello contribuye de forma decisiva 3) la naturalidad del estilo, la poesía del habla, la fusión de la oralidad con la escritura.

Uno de sus herederos, Emerson, observó certeramente esta cualidad de *Los ensayos*: “La sinceridad y medula de este hombre están disueltas en sus frases. No conozco otro libro que parezca ‘menos escrito’; quiero decir que el lenguaje que emplea es el de la conversación corriente, transferido a sus páginas. Si cortásemos sus palabras, sangrarían, pues son vasculares y tienen vida”<sup>1</sup>. Montaigne fue de los primeros escritores en la modernidad en cultivar una escritura que se fusione con el habla, como luego lo harán otros grandes escritores: Baudelaire, Flaubert, Nietzsche, Unamuno, Pío Baroja, Juan Ramón Jiménez, Pessoa, Neruda, Josep Pla...

4) Géneros fronterizos<sup>2</sup>. Acostumbramos a suponer que la novela moderna (*Don Quijote de la Mancha*, *Gargantúa y Pantagruel*, *Vida y opiniones de Tristram Shandy*, *Jacques el fatalista*...) es la que acoge a otros géneros, incorporándolos, pero esta afirmación vale también para el ensayo. ¿Acaso en *Los ensayos* de Montaigne, a través de las encrucijadas de la razón argumentativa, no se cuela la historia, la biografía, la poesía...? Refiriéndose al ensayo, Juan Malpartida ha observado que “su gracia más definitoria tal vez se deba a la postura interdisciplinar”<sup>3</sup>.

Vinculada con otras características anteriores se encuentra 5) la introducción de elementos biográficos y de la intimidad. Según el crítico Harold Bloom, “que el primero de los ensayistas siga siendo el mejor tiene menos que ver con su originalidad formal (aunque sea considerable) que con la abrumadora franqueza de su sabiduría”<sup>4</sup>. Esa sinceridad, esa ho-

nestidad casi sin par están desde el inicio, en las palabras dirigidas “Al lector”: “Lector, este es un libro de buena fe”<sup>5</sup>.

“La buena fe”, según Antoine de Compagnon, “es fundamental y constituye la base indispensable de todas las relaciones humanas. Se trata de la *fides* latina, que significa no solo la fe, sino también la fidelidad, es decir el respeto a la palabra dada, que es la base de toda confianza. Fe, fidelidad, confianza y también confidencia forman un todo: representan mi compromiso con el otro, como cuando doy mi palabra, como cuando me comprometo a mantener la palabra dada”<sup>6</sup>.

Y un poco más adelante añade Montaigne: “Quiero que me vean en mi manera de ser simple, natural y común, sin estudio ni artificio”<sup>7</sup>. Como el pensador francés, Juan Malpartida también se desnuda y se autobiografía en sus ensayos, quizá en busca de ese sí mismo que puede ser potencialmente cualquier hipotético lector, si bien a veces los límites de lo real y lo imaginario se funden y confunden, como no es raro que suceda con la escritura.

Por último, como consecuencia de lo anterior, 6) se diría que ambos se crean a sí mismos a través de la escritura. Montaigne lo deja claro desde el principio: “Porque me pinto a mí mismo”<sup>8</sup>. Late una voluntad de autobiografiarse, pero que no es previa sino más bien simultánea al ejercicio de examinarse a sí mismo, de ponerse a prueba, de ensayar y experimentar consigo mismo. De nuevo la sombra tutelar de Sócrates: “Una vida sin examen no merece ser vivida”. Se refiere, claro está, al interminable ejercicio de la crítica y de la autocritica, sin las que seguramente sea imposible progresar, sea en el ámbito que sea.

Siguiendo otra metáfora artística, Juan Malpartida no ha dejado de esculpirse a sí mismo al tiempo que crea su obra literaria, en cualquiera de sus géneros. Al comienzo de su ensayo sobre Octavio Paz afirma: “todo escritor al hacer su obra se hace a sí mismo”<sup>9</sup>. Cabe preguntarse en qué sentidos. Primero, porque a través del lenguaje verbal procura conocerse a sí mismo y, en ineludible analogía, conocer a los otros, nuestros semejantes, tantas veces diferentes.

El lenguaje verbal puede hacer inteligible las vivencias de cada uno, y gracias a ello podemos comprenderlas y comunicarlas. Y, en segundo lugar, la obra de un autor es una parte consustancial de su ser, no solo de su yo social, sino del más íntimo, puesto que no podemos entender su cosmovisión del mundo y, en consecuencia, su forma de comportarse al margen de ella, aunque del dicho al hecho haya un trecho. Es más, no pocas veces se escribe, al igual que se crea, para que exista una aproximación, una mayor coherencia entre lo que decimos y hacemos.

Por lo que respecta a Octavio Paz,

el escritor con el que acaso guarda un aire de familia más próximo, el ensayismo de Juan Malpartida comparte 1) una curiosidad intelectual casi omnívora: de tal modo que manifiesta un profundo conocimiento de la poesía, de la novela, del ensayo<sup>10</sup>, de la historia... Incluso de las ciencias.

Si hacia el final de *La llama doble. Amor y erotismo*, Octavio Paz conversaba con científicos como Einstein, Crick, M. Minsky, Gerald M. Edelman, Sacks... Malpartida, en el capítulo 23 de *Mi vecino Montaigne* conversa con numerosos e ilustres científicos y pensadores: Darwin, Einstein, Schrödinger, Lynn Margulis, Edward Wilson, Richard Dawkins, Daniel Dennet, Francisco José Ayala, Frans de Waal, Antonio Damasio, Carlo Rovelli... abordando complejas y espinosas cuestiones, tales como la evolución de las especies, la singularidad humana, las semejanzas y diferencias con el resto de animales...

2) Otro aspecto que comparte Malpartida con Paz es el cosmopolitismo: sus intereses, en cualquiera de los ámbitos mencionados, no se reducen a Occidente; se abren también a Oriente. Etimológicamente, “cosmopolita” significa “ciudadano del mundo”. Entiendo por ello alguien que procura reconocer lo excelente, provenga de donde provenga. Por

consiguiente, se han opuesto a posturas provincianas y nacionalistas.

3) Ambos poseen claridad expositiva, ritmo y uso recurrente de imágenes, como es propio de poetas, por lo menos estas dos últimas características; 4) Asimismo, en ambos son recurrentes asuntos como el tiempo, la historia y la identidad, sobre los que nos han dejado páginas memorables. Permítanme una breve ilustración: “yo, vivo aún, eterno en la medida en que estoy vivo entre dos instantes inexistentes, el incesante pasado y el futuro que no deja de aproximarse, con la clara conciencia de la fugacidad de todo, de que soy en cierto modo un fantasma, íntimo en la multitud, dueño de un secreto que se me escapa, el tiempo”<sup>11</sup>.

5) Por último, la búsqueda de la alteridad con la que desplegar su identidad, conocerse y ampliar los márgenes del yo, nosotros. En “Los días del tiempo” confiesa que “en Octavio Paz aprendí a pensar esa hermosa relación de la poesía como otredad”<sup>12</sup>. Si lo aprendió a pensar en Octavio Paz, sospecho que lo ha profundizado en el ensayo que le ha dedicado a Antonio Machado. En una entrevista reciente publicada en *Café Montaigne*<sup>13</sup>, cuando le pregunté acerca de “la esencial heterogeneidad del ser” según el autor de *Juan de Mairena*, me respondió lo siguiente:

“La idea y percepción de que el ser es heterogéneo significa que todo lo que es está afectado o constituido por la alteridad, por algo que siendo interno a su naturaleza también lo es-

tá fuera y necesita de ese afuera para ser. Hay, en términos de Antonio Machado, un padecimiento, él lo veía así porque lo sufría como una ausencia. El ser padece la otredad, y por lo tanto está o debería estar (esta sería la dimensión ética del asunto) empeñado en su búsqueda y reconocimiento. Machado trató de responder al terrible solipsismo del idealismo alemán tras la gran meditación de los límites del conocimiento de Kant. No existe el yo absoluto, y todo desplazamiento hacia el yo, si es correcto, tiene que observar que la naturaleza del yo es exterior a sí misma, o dicho de otro modo: el yo solo puede serlo por sus contenidos, que forman parte del mundo, de los otros y de lo otro. Machado en muchos de sus poemas y sobre todo en ese libro mayor que es *Juan de Mairena*, trató de responder a la soledad del hombre, acentuada por filosofías, políticas y rutinas exaltadoras de la individualidad. No significa que negara la unidad irreducible de la persona, sino que trató de otorgarle su inagotable mundo, que es siempre otro. No lo otro ajeno, sino lo otro entrañable. Por otro lado, esa otredad no se nos da completamente desde la abstracción, desde la filosofía, sino desde el afecto, desde el amor, esa palabra tan manoseada. Solo la cordialidad, el amor, nos permite un conocimiento íntegro”.

En definitiva, no hay yo sin los otros, y es gracias a lo(s) otro(s) por lo que podemos saber de nosotros, podemos conocer y conocernos, aunque no de manera completa. Siempre que aparecemos en la historia estamos en medio de un laberinto, y es preciso entrar en la conversación con las tradiciones que nos preceden y nos conforman para saber dónde estamos y situarnos a la altura de los tiempos, aunque no exista la última palabra, que en todo tiempo sobrevuela el horizonte que está por venir. La aventura de ensayar es un método para ello. “Pensar y vivir, experimentar, es un diálogo”<sup>14</sup>.

1 Emerson, R. W., “Montaigne, o el escéptico”, en *Hombres simbólicos*, trad. F. Gallach Palés, Madrid, Nueva Biblioteca Filosófica, 1941, p. 128.

2 Pedro Cerezo lo denomina “género híbrido”, en “El espíritu del ensayo”, *Claves y figuras del pensamiento hispánico*, Madrid, Escolar y Mayo, 2012, pp. 45-49.

3 Malpartida, Juan, *Al vuelo de la página. Diario: 1990-2000*, Madrid, Fórcola, 2015, p. 6.

4 Bloom, Harold, ¿Dónde se encuentra la sabiduría? Trad. Damián Alou, Barcelona, Taurus, 2005, p. 117.

5 Montaigne, M., *Los ensayos*, trad. Jordi Bayod Brau, Barcelona, Acontilado, 2008, p. 5.

6 Compagnon, Antoine, “La buena fe”, en *Un verano con Montaigne*, trad. Núria Petit Fontserè, Barcelona, Paidós, 2014, p. 50.

7 Montaigne, M., *Los ensayos*, trad. Jordi Bayod Brau, Barcelona, Acontilado, 2008, p. 5.

8 Montaigne, M., *Los ensayos*, trad. Jordi Bayod Brau, Barcelona, Acontilado, 2008, p. 5.

9 Malpartida, Juan, *Octavio Paz: un camino de convergencias*, Madrid, Fórcola, 2018, p. 12.

10 Por lo que se refiere al ensayo, en esa voz de sus diarios citada, “ensayar”, Malpartida se remonta a Unamuno y Ortega, dos faros de las Generaciones del 98 y del 14 respectivamente, pero como puede comprobarse en el libro de Pedro Cerezo o en el mío, la preocupación por España en forma de artículos ensayísticos puede rastrear en precursores de estas generaciones, como Larra, Blanco White, Jovellanos, Feijoo, Baltasar Gracián, Saavedra Fajardo, Quevedo...

11 Malpartida, Juan, *Mi vecino Montaigne*, Madrid, Fórcola, 2021, p. 145.

12 Malpartida, Juan, *Huellas. (Poesía 1990-2012)*, Madrid, La Garúa, 2014, p. 33

13 <https://cafemontaigne.com/lo-que-nos-une-es-la-lengua-lo-que-nos-separa-una-conciencia-aguda-de-la-literatura-nacional-sebastian-gamez-millan-entrevista-a-juan-malpartida-i/critica-literaria/admin/>; <https://cafemontaigne.com/lo-que-nos-une-es-la-lengua-lo-que-nos-separa-una-conciencia-aguda-de-la-literatura-nacional-sebastian-gamez-millan-entrevista-a-juan-malpartida-ii/critica-literaria/admin/>

14 Malpartida, Juan, *Mi vecino Montaigne*, Madrid, Fórcola, 2021, p. 216.



MICHEL DE MONTAIGNE (1570) / AUTOR DESCONOCIDO



## TESTIMONIO &gt;&gt; TORTURA, DESCENSO A LOS INFIERNOS

KAORU YONEKURA

Cuando detuvieron a Emirlendris Carolina Benítez Rosales en la madrugada del domingo 5 de agosto de 2018, ella no conocía la palabra “magnicidio”. Tampoco sabía que un *drone* es un aparato que vuela y que también puede explotar y matar. Mucho menos sabía que la implicarían en el magnicidio fallido del sábado 4 de agosto de 2018 en la avenida Bolívar, de Caracas, porque ella supuestamente había atentado contra de la vida de Nicolás Maduro, Cilia Flores, el alto mando militar y los jefes de los poderes públicos durante el acto conmemorativo de los 81 años de la Guardia Nacional Bolivariana.

¿Cómo iba a saber todo eso Emirlendris? Desde entonces, ni su suerte, ni su presente, ni su futuro dependen de ella.

Si no fuese una de las detenidas en la zona de resguardo del Instituto de Orientación Femenina (INOF), no tendría que caminar por el pasillo del piso 5 del Palacio de Justicia. No asistiría a una audiencia, sino a una diligencia en alguna calle de Barquisimeto. No tendría que vestir uniforme verde, sino lucir primorosa. No se avergonzaría por su piel repleta de picaduras de zancudos y alguna mordida de rata. No le dolería la espalda por las hernias discales ni la pelvis por el mioma, ni el seno por el encapsulamiento de la prótesis, ni las rodillas por la retención de líquidos. No estaría infectada quién sabe en cuál órgano ni se le dormiría la mitad del cuerpo por la parestesia en sus piernas y brazos.

Emirlendris no sería lo que va quedando de una mujer tan frágil como la vida de las veintiséis presas políticas de Venezuela, según el *Reporte sobre la represión política en Venezuela. Año 2020*, del Foro Penal Venezolano.

“Es lamentable lo que está viviendo esa muchacha –comenta Joel García, abogado del diputado Juan Requesens, otro de los imputados del caso–. Contra ella no pesa absolutamente nada, no debería estar detenida, pero ya que lo está, debería ser absuelta. Es totalmente inocente y fue víctima de torturas atroces y aberrantes. Por eso está así”.

Como esta, son muchas las verdades que se susurran en el piso 5 cada martes de audiencia por el caso del magnicidio fallido y cada jueves cuando las audiencias son diferidas para estos días:

“Ese que usted ve ahí es uno de los fiscales denunciados por los privados de libertad ahí mismo en las audiencias. Él estuvo presente en las torturas y no hizo nada. No dijo nada. No le han hecho nada”, susurra Melania, hermana de Emirlendris.

Si se le preguntara a él, jamás contaría esta historia que tanto le han contado y de la que ya le ordenaron el final.

\*\*\*

El sábado 4 de agosto de 2018, Yilber Escalona llamó a su hermano Yolmer para que le hiciera el servicio de traslado a Alberto Bracho “Portu” y José Miguel Estrada “Zamurito” desde Barquisimeto hasta Barinas. Yolmer le avisó a su novia Emirlendris y decidieron ir juntos. La perrita Azabache fue con ellos.

Salieron al día siguiente a las 2:00 a. m., y pensaban aprovechar el viaje de retorno para comprar carnes y quesos a mejores precios. Ese era el plan. Pero justo antes de llegar a Acarigua, alrededor de las 4:00 a. m., los detuvo la Policía Nacional Bolivariana (PNB) en la estación La Coromoto del kilómetro 163 de la autopista José Antonio Páez. Buscaban a dos hombres y a ninguna mujer que, según la PNB, eran piratas de carretera.

Tras la requisita, sin delito en curso o recién cometido, sin orden de detención ni motivos y sin permitirles avisar a nadie, los cuatro fueron trasladados a la sede de la Dirección General de Contrainteligencia Militar (Dgcim) en Acarigua, el cuerpo de seguridad adscrito a la Vicepresidencia de Venezuela conformado por militares, civiles con rango de agentes, milicia cubana y colectivos armados con credenciales.

Desde la Dgcim los llevaron al ae-

# Emirlendris Benítez Rosales: “Gracias a Dios ya no le pegan”

Hay libros que resultan documentos imprescindibles de una época. Este es uno de ellos: *Ahora van a conocer el diablo. 10 testimonios de presos torturados por el chavismo* (Editorial Dahbar, 2021), editado por Oscar Medina. Ofrece las historias de Emirlendris Benítez Rosales (que se reproduce aquí), Diannet Blanco, Gabriel Valles, Luis Alexander Bandres, Rafael Acosta Arévalo, Alonso Mora, Fernando Albán, María Lourdes Afuni, Franklin Caldera Martínez y Jhon Hader Betancourt Restrepo



ENCICLOPEDIA VENEZOLANA DE LA DESTRUCCIÓN

ropuerto de Acarigua. En algún momento y en algún lugar entre la estación policial y la Dgcim, lanzaron a Azabache por la ventana tras la orden de algún funcionario para que no ensuciara el vehículo policial.

Desde Acarigua, una avioneta los llevó a la Base Aérea Generalísimo Francisco de Miranda (aeropuerto de La Carlota) y de allí los llevaron a la sede principal de la Dgcim en Caracas: un centro de reclusión provisional que opera como cárcel para oficiales de alto rango de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana (FANB) e investigados o acusados por actos subversivos contra del Gobierno de Maduro. La Dgcim de Boleíta es uno de los principales centros de reclusión para presos políticos de Venezuela. Allí, los funcionarios que administran la ley también la crean a su antojo.

Apenas llegó, Emirlendris fue llevada a “La pecera”, en el sótano 1, un espacio multifuncional donde los detenidos reciben sus visitas o en donde se les dislocan los huesos y se les desprenden las coyunturas frente a cámaras y micrófonos. No le vendaron los ojos ni le pusieron una capucha con cinta adhesiva alrededor de la cabeza, quizás para que viera cómo comenzaban a apartarla de la vida, incluso de la suya.

Una y otra vez la llamaron “María”, pero por no serlo y por no responder como esperaban los funcionarios, la golpearon con las manos y con un palo. La patearon por “perra” y “zorrra”. Le martillaron el pulgar del pie derecho. La asfixiaron con una bolsa plástica mientras sumergían su cara en un tobo con agua.

Aunque le dijeron “maldita”, tuvo algo de buena suerte. A diferencia de otros torturados de la Dgcim, su bolsa no estaba rociada con insecticida ni polvillo de bomba lacrimógena. Cuando la arrastraron por el piso para pegarla contra la pared no fue tirándola por el cabello hasta dejarla sin él, no le metieron tachuelas debajo de las uñas de los pies ni se las levantaron con una tijera. Le dejaron los huesos enteros y en su sitio, y los órganos funcionando.

Entre golpes, asfixias y dolores, Emirlendris quizás se iba enterando: “María” era Yanin Pernía, la choferesa del grupo que maniobró el segundo *drone*; “Zamurito” y “Portu” eran, al parecer, los dos hombres buscados cuando los detuvieron en la madrugada por ser los encargados de la avanzada y del despegue del primer y segundo *drone*, respectivamente; y Yilber, el hermano de su novio, era el segundo explosivista del primer *drone*, ese que explotó frente a la tarima presidencial en plena transmisión del discurso de Maduro rompiendo las filas en la avenida y dejando heridos a siete guardias nacionales.

Emirlendris se iba enterando, pero no lograba entender cómo es que estaba implicada en la operación Yunque-Martillo. Como pudo, confesó una de las verdades que sí sabía: “Estoy embarazada”. Y también, como pudo, pidió a los funcionarios que no la maltrataran y que le hicieran la prueba.

Le hicieron la prueba de la maldad: la golpearon en la zona abdominal y en todas las demás hasta dejarla inconsciente. Cuando la hicieron despertar con alcohol en la nariz, tenía sus pies morados e hinchados. Eso tampoco lo entendió. Así, también golpearon a Gladys Rosales, madre de Emirlendris:

“Entre ese domingo y lunes, yo sentía como si me estuvieran ahorcando. Me dolía el pecho, todo el cuerpo. Era por todo lo que le estaban haciendo a mi hija mayor. Yo sentí todo y me fui con una sobrina a buscarla al apartamento, pero eso por ahí estaba cerrado por esos hombres que tienen el uniforme negro. La gente me dijo que se la habían llevado, que me fuera y que no pregunte nada”.

\*\*\*

En Caracas, las hermanas Beatriz y Melania habían comenzado a buscar a Emirlendris en el Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminológicas (Cicpc), en el Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional (Sebin) y en la Dgcim de Boleíta, donde les dijeron que no estaba, aunque

“

les dislocan los huesos y se les desprenden las coyunturas frente a cámaras y micrófonos”

tal vez ya permanecía con las luces y el aire acondicionado a muy baja temperatura encendidos a toda hora en la celda D del sótano 1, la destinada para las mujeres y que, como todo el centro, viola los estándares internacionales para operar como cárcel.

Emirlendris estaba aislada en la Dgcim y durante esos días, según ha llegado a contar a sus familiares, abogados y en audiencias, el teniente de navío Abel Angola, alias Aureliano, le aplicó descargas eléctricas en el estómago. La funcionaria de la Guardia Nacional Bolivariana alias “La libanesa”, la obligó a rezar el Padre Nuestro de rodillas para golpear su frente contra la pared y cachetearla mientras le predicaba insultos. No faltó –también lo ha contado ella misma– la retahíla de maltratos del capitán de la GNB Néstor Neptalí Blanco, alias Ezequiel, de los cuales Emirlendris sobrevivió orando. Con su propia oración, se defendió todas las veces que pudo: “¿Qué voy a decir yo, si yo no sé nada?”.

El martes 7 de agosto de 2018, Emirlendris fue presentada ante el Tribunal de primera instancia en funciones de control con competencia a nivel nacional en delitos vinculados con el terrorismo, a cargo de la juez Carol Padilla. Otra vez a Emirlendris la privaron de su libertad de manera

preventiva y del derecho de informar a alguien.

Dos días después, en rueda de prensa transmitida en cadena nacional, el ministro de Relaciones Interiores, Justicia y Paz, Néstor Reverol, mencionó a Emirlendris y a Yolmer como parte del grupo de “terroristas sicarios” detenido en Portuguesa, sin explicar cómo estaban vinculados con el atentado ni dónde estaban detenidos.

Beatriz y Melania vieron la cadena y siguieron la búsqueda de Emirlendris. De acuerdo con el relato de las hermanas, transcurrió cerca de un mes. Fue entonces cuando una amiga de Barquisimeto las llamó, porque leyó una entrevista en un periódico al fiscal general Tarek William Saab, en la que decía que los involucrados en el caso de magnicidio estaban detenidos en la Dgcim de Boleíta.

“Melania y yo nos fuimos para allá otra vez el mismo día –recuerda Beatriz– y nos dijeron, otra vez, que no estaba. Nos la seguían negando. Le dije a una funcionaria: ‘Usted me va a disculpar, pero mi hermana está aquí’. Ella me salió con una grosería y le dije: ‘Mire, mamita, yo acabo de ver la noticia de un periódico y todos los que están detenidos por la cuestión esa del atentado están aquí. Yo quiero saber de la salud de mi hermana Emirlendris Carolina Benítez Rosales’. Y ahí fue que nos dijeron que sí estaba ahí”.

Les recibieron la ropa, pero no la sopa ni la carne con arroz y tajadas. Tampoco les permitieron verla.

“Íbamos todos los días a ver si nos dejaban –cuenta Melania–. A los días nos dieron unos récipes para que compráramos bastantes medicamentos, preguntamos por qué y no nos dieron respuesta”.

Emirlendris se recuperaba de las torturas, incluso de las psicológicas: uno de los tantos días, la amenazaron con matar a su hijo de cuatro años si no decía la verdad de la que ella no forma parte. Alguna noche, le dijeron que ya su hijo estaba muriendo en la celda contigua. Ella lo creyó y casi murió de angustia.

Lo que no creyó fue lo que pasó el 21 de septiembre de 2018: Emirlendris, la vendedora de ropa interior, zapatos y cosméticos, fue imputada por delitos de terrorismo, asociación para delinquir, homicidio intencional calificado en grado de frustración en contra del presidente de la república, homicidio intencional calificado con alevosía contra del alto mando militar, daños a la propiedad pública, detentación de artefactos explosivos.

En todo este tiempo no han presentado pruebas en su contra, pero sigue siendo uno de los diecisiete enjuiciados. Explica Stefania Migliorini, abogada del Foro Penal, que lleva el caso: “Desde el principio a Emirlendris se le violaron todas sus garantías constitucionales. Está pagando injustamente. Pareciera que hay una orden de no dar libertad ni medida cautelar a nadie, porque si sale uno, pueden salir los demás por el efecto extensivo de la medida”.

Después de la acusación Beatriz y Melania lograron ver a Emirlendris. Estaba más delgada, ojerosa, con el cuello casi inmóvil, nerviosa y casi muda.

(continúa en la página 9)



## Emirlendris Benítez Rosales: “Gracias a Dios ya no le pegan”

(viene de la página 8)

La razón consta en los reportes del Foro Penal: el 24 de octubre Emirlendris fue trasladada de emergencia a un centro asistencial por presentar parestesia en sus miembros superiores e inferiores. El 26 fue llevada al Hospital Militar Doctor Carlos Arvelo y le diagnosticaron las hernias discales, el mioma, el encapsulamiento de la prótesis y la infección. Solo eso. No le dieron medicamentos, no le indicaron tratamiento y no entregaron los resultados ni los informes médicos a sus familiares ni abogados.

Por esos días, volvieron a llevarla al Hospital Militar:

“Me llamó Yolmer desde la Dgcm, no sé cómo, pero me llamó para decirme que se la llevaran por un fuerte dolor. Cuando llegué al hospital también llegaron los de la Dgcm. Les pregunté por mi hermana y me dijeron que cómo yo sabía eso. Me pidieron mi cédula, le tomaron foto, me requisaron como si yo fuese una delincuente y no me dijeron nada de mi hermana. Entonces les pedí a los familiares de unos pacientes que estaban en la Emergencias que preguntaran por qué la tenían rodeada de funcionarios y sin dejarla hablar con nadie. Al rato, una señora me dijo que le estaban haciendo un aborto de tres o cuatro meses de gestación”, recuerda Melania.

Así, a Emirlendris y a Yolmer les quitaron la ilusión de ser padres y al bebé, hasta la presunción de su inocencia. A Melania y a su esposo les quitaron la tarjeta SIM y la batería de sus celulares, los sacaron del hospital y les ordenaron en la salida: “¡Váyanse rápido de aquí!”.

Emirlendris retornó a la Dgcm alrededor de las 7:00 a. m., y permaneció incomunicada hasta el 1 de diciembre de 2018.

En febrero de 2019 se inició la audiencia preliminar.

“Ella ha narrado todo lo que ha vivido, y la juez, a pesar de ser mujer, pareciera que no le causa mayor impresión”, precisa García, aún conmovido.

\*\*\*

Tras la muerte del capitán de corbeta Rafael Acosta Arévalo, el 29 de junio de 2019, prohibieron las visitas de familiares y abogados en la Dgcm. Los detenidos armaron un motín por esas fechas y por tanto descontento. Cuenta una de las detenidas, quien solicitó mantenerse anónima:

“Nos sacaron de la celda engañadas, una por una, y nos metieron en un cuarto que ellos llaman ‘El congelador’. Ahí no había nada. Pasamos todo el día esposadas con las manos atrás y arrodilladas. Ese día nos dieron arroz y caraotas sin cubiertos. Casi ninguna comió, porque las caraotas eran incomibles y no podíamos, porque no nos soltaron. El coronel Hannover Guerrero [director de la Dirección Especial de Investigaciones Penales y Criminales de la Dgcm] nos dijo que teníamos que comer como las perras que éramos”.

A Emirlendris el mismo coronel le dejó claro: “¡Perra, jamás saldrás en libertad!”. Todavía lo recuerda y si algún día lo olvida, otras nueve mujeres lo recordarán por ella, porque bastó con insultar a una para que fuese la misma tortura para todas las demás. Hay cosas que una vez oídas, no pueden olvidarse nunca.

“Al día siguiente seguíamos ahí –continúa relatando la detenida–. Nos estábamos muriendo de frío y no nos dejaron ir al baño... Nos sacaron de la Dgcm. Nos dieron vueltas por horas, nos devolvieron y nos volvieron a sacar, pero para el Hospital Militar. Era muy de noche. Nos hicieron pruebas de embarazo”.

El 8 de julio de 2019 trasladaron a ocho de las diez mujeres al INOF, sin orden judicial, sin notificación a los familiares, sin los artículos personales, que les desaparecieron y, en el ca-

so de Emirlendris, sin la menstruación desde que se le practicó el aborto siete meses atrás.

“Antes de sacarnos de ‘El congelador’ Hannover nos mostró su teléfono y nos dijo: ‘En el Twitter están diciendo que yo soy un torturador. Quiero ver que salgan las noticias de ustedes en el INOF con las presas comunes. Allá les van a rapar el pelo, hasta las van a violar y no van a poder decir nada. Allá sí la van a pasar mal”, asegura la detenida.

Aquella amenaza era una despedida y la promesa de que el cambio de lugar sería solo eso.

“Los torturados como Emirlendris han narrado las torturas con detalles: cuándo, dónde, cómo, nombres de los funcionarios, jerarquías, el cuerpo al que pertenecen... Esta situación se ha mantenido impune. No se ha visto ni la menor intención de corregir y ni de sancionar a los responsables de estos hechos”, aclara García.

En julio de 2019 se abrió el juicio, que se inició en diciembre de ese año en el Tribunal de primera instancia en funciones de juicio con competencia a nivel nacional en delitos vinculados con el terrorismo, a cargo de la juez Hennith Carolina López.

La información sobre las torturas a Emirlendris no solo se encuentra en instancias nacionales. Su caso fue revisado por la Misión Internacional Independiente de Determinación de los Hechos sobre Venezuela de la Organización de las Naciones Unidas.

\*\*\*

Apenas llegaron al INOF, las detenidas fueron llevadas al anexo de adaptación y reflexión conocido por las reclusas como “El tigre” y por las funcionarias como “sala de reflexión”: una celda de castigo, o lo que es igual, un lugar con siete celdas sin entrada de luz solar, pero con ratas, moscas y cucarachas andando con libertad. Orina y heces se hacen cavando huecos en la tierra con las manos y ya casi no hay espacio. Las despojaron de lo poco que les quedaba, menos del miedo de estar allí por demasiadas horas.

A Emirlendris la dejaron en “El tigre” durante treinta y tres días. Comió una vez cada día una escasa porción de arroz con lentejas y una vez a la semana recibió un tobo con agua para hidratarse y asearse.

En agosto de 2019 fue encerrada en la celda 4 del área de conmoción y patologías. Casi muerta, pero viva. Allí permanece desde entonces con otras cinco mujeres, dos literas que han arreglado con tablas y un baño con solo una poceta, sin agua.

Si. Cuatro camas para seis. Aunque el INOF sea la única cárcel de mujeres en Venezuela, construida con tal propósito para 350 detenidas, en enero de 2021 el Observatorio Venezolano de Prisiones registró 533 detenidas, la mayoría sin sentencia. Un hacinamiento con riesgo crítico. De manera que en la celda 4 todo es más fácil o más difícil que en la celda D de la Dgcm: no son cuatro camas para diez mujeres, no les gritan ni golpean a ninguna, pero todas sobreviven a otros actos de barbarie hasta para satisfacer sus necesidades más vitales.

“Al no haber agua, Emirlendris tiene que ir una vez a la semana a un sitio alejado de la celda con un tobo, llenarlo y cargarlo de vuelta para poder tomar, hacer sus necesidades, bañarse, lavar sus uniformes y asear el espacio. A raíz de las torturas que sufrió en la Dgcm quedó con problemas en la columna y en las rodillas. Entonces, le cuesta mucho levantar peso y moverse”, explica Migliorini.

Es un castigo menos feroz y menos espectacular, pero igual de insostenible, porque es conformarse entre lo malo y lo peor. “Gracias a Dios ya no le pegan”, ha llegado a decir Melania, olvidando lo que también fue una tortura: una vez le indicaron que ella debía pedir la cita médica de su hermana en el Hospital Militar. Fue, se la negaron y le aclararon que si ella o cualquier familiar volvía a pedir la cita se negarían a atenderla.



“Pero es que el Estado venezolano tampoco le está garantizando a Emirlendris su integridad”, aclara Migliorini. Aunque el 17 de junio de 2020 se le otorgó una medida de protección de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, el INOF sigue sin trasladarla al médico. Todas las semanas el Foro Penal manda la denuncia al tribunal y todas las semanas la juez ratifica esos oficios de traslado al INOF. De todas las veces que se han hecho los oficios, solo la han sacado cuatro veces y para nada, porque le perdieron todos los informes médicos del 2018, cuando le diagnosticaron lo que padece actualmente. Al no tener esos informes, los médicos no saben qué tienen que atender.

Mientras tanto, Emirlendris vive la vida que no le basta.

Cada día desayuna arepa sin relleño, almuerza arroz solo o con lentejas y cena lo mismo, si es que dan la cena. Ya casi olvida a qué sabe el café, porque lo que dan en el desayuno es, en realidad, harina de maíz muy tostada. En enero de 2021 a todas les sirvieron las sardinas podridas, entonces iniciaron la protesta pacífica en el centro penitenciario.

“Por eso, cuando le hago la única visita que tiene al mes, le llevo arepa, panqueca, avena, jugo, sopa, caraotas, pollo y papa sancochada, lo que esté a mi alcance en ese momento, que es lo que se va a comer en esa hora y ahí mismo, detrás de la cerca, al aire libre, porque no se puede llevar la comida a la celda”, dice Melania.

Otro día del mes Melania entrega la paquetería de su hermana con lo que está permitido: pan cuadrado, galletas empaquetadas, alguna salsa en envase de plástico, agua, productos de aseo personal y de limpieza para la celda. Pero siempre lleva más comida, porque la arbitrariedad de las normas puede cambiar según el ánimo de la funcionaria, de quién es la funcionaria de turno o de la buena suerte.

“Le he echado queso rallado a la salsa rosada. He llevado arroz chino, ensalada de remolacha con zanahoria, tajadas, sopa, bistec, hígados, tortas pequeñas, jugos. Todo en bolsas que ella luego guarda para las heces... Me lo han pasado, porque hay funcionarias chéveres que saben que mi hermana no es conflictiva”. Melania también lleva retazos de telas, hilos y agujas, porque Emirlendris ha aprendido a coser cintillos, lazos, tapabocas, medias y adornos.

“Aprendió por sus compañeras de la celda. Se queda ahí cosiendo, porque afuera hay muchachas mala conducta y ella teme. No sale. No sale. Ya me ha dicho varias veces que le lleve bastante telas e hilos pa’ no pensar tanto”.

Porque para muchas la cárcel no es una escuela, como llegó a decir Hugo Chávez, ni un centro de formación,

“

**Hannover Guerrero (...) nos dijo que teníamos que comer como las perras que éramos”**

como creyó Iris Varela, sino el lugar donde perduran los suplicios que más indignan por innecesarios para aprender. Aunque en la cárcel sí es mucho lo que se piensa, se extraña y se imagina de la vida, de la de afuera, la que fue y será. Pero no se piensa en la vida, qué es ni en cómo vivirla, aunque sobre tiempo y haya poco que hacer.

En las noches, cuando las oraciones a Dios y a la Virgen de la Rosa Mística no dan consuelo, ni fuerza ni esperanza, Emirlendris se aferra al rosario que le hizo Yolmer con bolsas plásticas. A veces se pregunta: ¿Cómo fue la graduación de preescolar de su hijo? ¿Qué pasó con su único bebé que no conoció? ¿Qué se hace cuando se tiene libertad? ¿Por qué gritan en la otra celda?... Y no duerme.

“Tampoco come como antes por la depresión y porque le duelen las muelas, y por la poca comida que le dan. Come cualquier cosita y se llena rápido, y de gases, y se pone a llorar. Me ha dicho varias veces que tiene muchas cosas que decirme, pero que ahorita no me las va a decir”.

No come por estar llena de miedos: a quedarse allí hasta que la olviden; a que le devuelvan su libertad y no saber qué hacer con ella; a que le aparezca otro dolor o que se le vaya por muerte; a no olvidar nunca y nunca dejar de llorar. No come por tanto miedo al miedo.

No puede ser de otra manera. Desde que está detenida, Emirlendris ha visto a su madre no más de diez veces, a su hijo una vez y a su hija ninguna. A su sobrina menor no la conoce. Se ha perdido tres navidades en familia, de los domingos de sopa, de preparar los quesillos para los cumpleaños y de otras alegrías... Le han perdido el derecho a ser feliz por los placeres de una vida normal.

“Cuando Emirlendris estuvo cerca de cumplir los dos años privada de libertad sin ser enjuiciada, el Foro Penal solicitó el decaimiento de la medida de privación para su libertad plena, como establece el Código Procesal Penal, pero la fiscalía solicitó al tribunal que las investigaciones siguieran por más tiempo. Automá-

ticamente, nos tumbaron la solicitud del decaimiento. Cuando al diputado Requesens le otorgaron la medida de casa por cárcel, el Foro Penal solicitó la extensión de la medida para sus tres representados, entre ellos, Emirlendris, y ya ves dónde sigue... Desde el inicio, las investigaciones y el proceso penal de ella pueden hacerse perfectamente bajo una medida cautelar”, enfatiza Migliorini.

Y desde el inicio, cada audiencia también puede ser oral y pública, y sin el exceso de seguridad que suma más de treinta funcionarios de la Dgcm, Sebin y Guardia Nacional custodiando la audiencia, pero:

“No se permite el ingreso de público ni de medios comunicación –precisa García. Este secretismo viola el principio de publicidad, cuando interesaría al Gobierno dar a conocer al mundo quiénes y de qué manera trataron de matar al presidente. Esta opacidad es para evitar que se sepa la real verdad: que esto es un parapeto, que no fueron asignados los mejores expertos, los mejores funcionarios aprehensores; que los fiscales están cumpliendo una función de avalar todo este desastre de investigación, las incongruencias, las mentiras que les dijeron a los órganos de prueba y que quizás se aprendieron. No se puede condenar ni a una sola persona, porque hasta ahora no han podido demostrar la participación y relación causal con el hecho de ninguna. Por otro lado, la opacidad es para que no se sepa lo que hace a este caso alarmante y horroroso: las torturas de las que son víctimas la mayoría de los acusados”.

O para no recordar lo que no es un secreto: en el 2018, la práctica represiva más ejecutada en Venezuela fue la tortura. Se usó para todo: para obtener información y confesiones, para castigar, intimidar, humillar, discriminar, por placer, desquite, revancha, venganza, crueldad, para conservar puestos, ganar ascensos, fomentar respeto, dar miedo, porque dio la gana. Desde entonces, cada cuerpo de seguridad perfeccionó sus técnicas para distinguirse unos de los otros.

“Hable bajito –susurra Melania–, que esa con los tacones rojos es la jueza y por ahí andan los del Sebin...”.

\*\*\*

Una vez más la audiencia fue diferida. Es la tercera vez y no ha sido la única que han diferido. Falta alrededor del 30% de las audiencias, cerca de sesenta declaraciones de testigos que no van, no aparecen, o no han preparado.

“Algo pasó –opina Migliorini–, veníamos teniendo audiencias todos los martes sin falta. Este proceso lo traían acelerado. De hecho, este juicio lo querían terminar en diciembre de 2020 y, al parecer, fue una orden del mismo Maduro y, de repente, comenzaron a diferir porque no hay medios probatorios”.

Emirlendris permanece en alguna celda del sótano esperando para esperar un poco más, volver a esperar y seguir esperando antes de que la suban al piso 5. Le permitieron comer lo que le llevó Melania, pero no los diez litros de agua que tanto necesita en el INOF. Tampoco les permitieron verse para hablar de lo mismo de siempre: familia, dolores, cárcel y libertad. O al menos para verse de lejos y, solo por eso, sentirse a salvo. Hoy no cruzará miradas con Yolmer, porque no autorizaron su traslado.

“Ojalá no le hayan botado la manzanilla que le metí con la comida pa’ que se la tome cuando le digan que difirieron otra vez –dice Melania aguantando la rabia–. Es que cuando ya va a llegar el final, echamos pal’ principio otra vez”.

El fiscal lo sabe. Quizás por eso baja la mirada y camina con serenidad militar, para que no le pregunten cómo será el final de esta historia que tanto conoce. ☉

\*Los autores de los textos reunidos en *Ahora van a conocer al diablo. 10 testimonios de presos torturados por el chavismo* son: Kaoru Yonekura, Rafael Uzcátegui, Sinar Alvarado, Florantonia Singer, Lizandro Samuel, Tony Frangie Mawad, Erick Lezama, Francisco Olivares, Faitha Nahmens Larrazábal y Oscar Medina, este último, además, editor del volumen.